SANTIAGO EXIMENO

# GAS MASK

Ficción mínima en 140 caracteres



ediciones del cruciforme

# GAS MASK

**Primera edición**: mayo 2012

**Maquetación y diseño**: Santiago Eximeno

**Texto**: Santiago Eximeno

**Edición**: Ediciones del Cruciforme

EDC0001

**www.cruciforme.com**

**Sobre el autor**: **www.eximeno.com**

**Edición original limitada a 140 ejemplares.**

# DEDICADO A

todos los que habéis adquirido un ejemplar de la edición limitada. Sin vosotros este libro nunca se hubiera liberado.

# PRÓLOGO

El chico me dijo que era capaz de leer y hacer el amor al mismo tiempo. Preferiblemente ficción mínima, claro.

# DE APARECIDOS

Mi hermana gemela cruzó al otro lado del espejo y desde entonces vive allí, atrapada para siempre. Me cuesta muchísimo maquillarme.

Siempre que grabo en vídeo a mi hijo, al lado aparece mi madre, mira a la cámara y sonríe. No recuerda el día de su muerte.

Inocente, dijo el juez. Nosotros, sus víctimas, los muertos, abandonamos la sala entre llantos y gemidos de ellos, sus cómplices, los vivos.

Los muertos, tímidos ellos, corrían la voz de que en el albergue se hospedaban vivos para proteger su intimidad.

Ahí está mi madre, susurra mi mujer en mi oído y corro a buscar un exorcista, para no oír de nuevo los reproches del fantasma de mi suegra.

He pasado la noche tumbado en la playa, escuchando los llantos de los niños ahogados. Pronto tendré valor para reunirme con ellos.

Cuando llueve los niños muertos, empapados, se asoman a las ventanas de las casas y arañan los cristales con sus lágrimas cristalizadas.

Suena el teléfono. Es mi mujer, muerta hace diez años. Me pasa con mi hija. Ella está viva.

¿Por qué lloras?, me preguntó la niña que, tras mi muerte, ocupaba mi habitación en el hospital.

Dicen que el ladrón de sombras visita los hospitales. Bajo las camas se ocultan las sombras de aquellos que no querían marcharse.

El niño de lágrimas entra por la noche en las habitaciones del hospital y llora durante horas, para desconsuelo de enfermeras y pacientes.

El ladrón de sombras acecha bajo la ventana iluminada, de la que proceden los llantos del niño que esa noche ha tenido una pesadilla.

Ha anochecido. Desde la ventana veo a los niños merodeando junto a los contenedores de basura. Ellos ni siquiera me miran.

Lo único que le mantenía atado a este mundo era la sed de venganza. Cuando se bebió las lágrimas de las niñas desapareció.

La mujer atropellada se esconde en el armario de los niños, entre los juguetes, como si no fuera suficiente la multa que tuve que pagar.

Los miércoles lloro en las esquinas de los habitaciones de los hospitales hasta que las enfermeras, piadosas ellas, me echan a la calle.

La niña quería que su padre le contara un cuento antes de dormir. La madre, incapaz de calmarla, preparó de nuevo la tabla de la ouija.

¡Te quiero!, dijo mi hija y corrió hacia mí para abrazarme. Sentí cómo su cuerpo me atravesaba y me pregunté quién de los dos estaba muerto.

Ellos creían que su alma quedaba atrapada en la fotografía. Yo vendía los negativos a distintas iglesias por un precio justo.

# DE NIÑOS Y BEBÉS

Tengo un papá de cartón. Sí, ni habla ni me abraza ni me dice buenas noches, pero es mejor que el tuyo. No me grita. No me pega. No me odia.

En el parque, rodeado de niños. Todavía no he decidido cuál me llevaré.

Cariño, no sé dónde se ha metido la niña, dice tu marido. Y cinco años después sigue desaparecida y recuerdas que lo dijo con una sonrisa.

Mi hija ha fabricado una casita con las piezas de su juego de construcción. Nos ha dicho que viviremos allí cuando seamos viejos.

Estrelló su coche nuevo contra uno de los toboganes del parque. Atrapada en el interior, vio cómo los niños reían y se burlaban de ella.

Papa, aquí. Mama, aquí. Mi hermana, aquí. Y yo, sentado en la trona, con el cuchillo entre las manos, pensando dónde cortar primero.

Mamá cierra la puerta del armario. Yo me quedo dentro, encerrado. Esperando. Ella vendrá después, más tarde. Él llegará antes.

Cada semana desaparece un padre en el columpio del parque. Yo insisto, pero mis hijos no me quieren llevar.

Tras el cristal del escaparate de la tienda los niños me miran con cara triste. ¿Así cómo voy a animarme a comprar ropa nueva para mi hijo?

Me encanta ver correr a los niños. ¿Será ese el motivo por el que, cuando sus padres los olvidan, los persigo?

Dejas a tu hijo en el parque de bolas junto a sus amigos y te marchas. Ignoras el silencio repentino, las miradas, el llanto.

Papá vuelve tarde del trabajo. Los niños le esperan despiertos. Papá vuelve cansado, irascible. Quizá por eso los niños esperan escondidos.

Vendo niños modificados genéticamente. Fin de vida garantizado en su octavo cumpleaños. ¡Padres, olvidad los problemas de la adolescencia!

Perdidos en el Polo Ártico, atrapados en una banquisa interminable, y la maldita niña me pregunta si puede tomar helado de postre…

Hoy volvemos al zoo. Queremos ver cómo le ha ido a la niña en la jaula de los osos. Estaba tan ilusionada cuando la dejamos allí.

Mi oso de peluche suspira por las noches, invadido por una tristeza inexplicable que yo, con apenas tres años de edad, no puedo consolar.

Buscamos por todas partes a mi marido. Los niños lo habían enterrado tan bien en la playa que tuvimos que volver sin él.

No era un muñeco. No era desmontable. Era tu hermano pequeño, por amor de Dios. Y no, lo que has hecho no se puede arreglar.

El niño soñaba con alas, grandes alas que le permitieran volar. Su ángel de la guarda volaba sobre su cama. Su padre tenía una escopeta.

Dos niños en el bosque. Un centenar de árboles hambrientos conscientes de su presencia, borrando los caminos, ahogando sus llantos.

Espera, déjame a mí, ya me encargo yo, le dice la madre al marido ausente cuando atiende el llanto de su hijo.

Cuando mis hijas gemelas lloran a la vez siempre dudo a quién atender primero. Si llora solo una suelo abofetear a la otra.

Los niños que se pierden en el bosque son los que, cuando crecen, acechan a las niñas que sus padres encontraron bajo un árbol.

Mi hija pequeña lleva un número de teléfono escrito en el brazo, por si se pierde. Recibo llamadas todos los días preguntando por el precio.

El hombre, nervioso, espera en la sala de maternidad. Antes o después la enfermera descansará y podrá arrebatarles un bebé.

Ella, subida a una escalera, cae al suelo. No puede mover las piernas. Tampoco los brazos. En la planta de arriba el bebé empieza a llorar.

¡No se pega!, dijo la niña, y yo me sentí culpable: ya le había hundido dos veces la navaja en el estómago a su padre.

Es niña, dijo el doctor. Abracé a mi mujer y cogí a la niña entre mis brazos. Después la dejé en la cesta y vi cómo el río se la llevaba.

Guantes. Balanza. Tijeras. Agujas. Escalpelo. Lanceta. Escoplo. Condrotomo. ¡Mamá, voy a jugar con Patri a los médicos!

A los niños les gusta jugar en la tierra hasta que llego, les echo entre gritos y risas y cojo la pala para terminar de enterrar el cuerpo.

El dolor en el pecho. Un infarto. Me arrastro, intento llegar al teléfono, pero el bebé, riendo, jugando, se sube a mi espalda y no

me deja.

A la niña le gusta bailar. Sus padres, ciegos de nacimiento, escuchan la música mientras ella brinca, salta, gira y se contonea.

Por la noche el bebé no duerme nada. Llevamos así una semana. Estamos preocupados, más desde que le salieron alas y revolotea por el cuarto.

El bebé llora, otra vez. Pierdo los nervios, golpeo a mi hijo, a mi mujer. Al otro lado de la pared, los vecinos tratan de calmar al bebé.

Quiero portarme bien, quiero portarme bien, repetía una y otra vez la niña, y una y otra vez bajaban las tijeras rasgando el aire.

El coche volcado. El tren, descarrilado. El avión, incrustado en la tierra. Y el bebé, todo sonrisa, aplastando las casas con sus manitas.

Mi hija me pide todas las noches un vaso de sangre caliente. Mi marido sonríe con condescendencia, pero yo cada día estoy más cansada.

Adoraba los juegos malabares. Y le encantaban los bebés. Los lanzaba al aire y, sin perder la sonrisa, los recogía. Casi siempre.

Un coche. En su interior, una silla para bebés, recubierta de

alambre de espino. Tendríais que haber visto la tapicería.

El bebé llora. Otra vez. Como siempre. La madre, indecisa, espera. El padre sostiene en sus manos temblorosas el rollo de cinta aislante.

Siameses. Nos separaron al nacer. Mi hermana se marchó de casa a los veinte. Yo la busco desde entonces. En mi bolso llevo aguja e hilo.

Siempre me decía que su hijo valía mucho más que el mío. Tuve que darle la razón cuando los vendimos en la feria.

En el hospital privado nos pidieron que para el recién nacido lleváramos los pañales, el gel de baño, los filtros y la máscara de gas.

Los recién casados llevaban buscando un niño desde hacía más de dos años. Lo encontraron enterrado junto al lago.

Tras la fiesta de cumpleaños de mi hija ninguno de los padres de sus amigos volvió a buscarlos. Los hemos repartido al azar por el barrio.

En el patio, solo, sentado en el suelo, el niño espera a sus padres. La profesora, escondida en la clase, cuelga el teléfono y llora.

Mi bebé llora si se quema el culete con un cigarrillo encendido.

Todas las veces.

En la feria. Padres, madres, niños. Ríen, corren, juegan, beben. Hace dos horas que busco a mi hijo. Nadie me presta atención.

La niña dice que bajo su cama duerme un niño de piel de ceniza que llora al amanecer. Mi mujer dice que es el hermano que nunca tuvo.

Mamá me prepara el desayuno. Me besa. Papá también. Antes de salir, mamá me da un abrazo. Me coloca la mochila. Dentro están los explosivos.

No ha dormido. Lo noto en sus ojos, en sus manos crispadas, en su nerviosismo. Bien. Esta noche volveré a llorar. Así somos los bebés.

A veces, si estoy solo, veo niños en mi cuarto. Gritan, ríen. Sólo me miran cuando cierro los ojos. Entonces les oigo susurrar mi nombre.

En la fiesta de disfraces perdimos a los niños, vestidos de mosqueteros. En su lugar nos llevamos a una princesa que no dejaba de gritar.

Hija, la muñeca es tuya, haz con ella lo que quieras, dijo la madre y la niña, resignada, usó la cuchilla y se cortó las venas.

Y cuando descubro el alfiletero vacío y oigo los llantos recuerdo que mi hija me dijo que iba a jugar a acupuntura con su hermano

pequeño.

Los niños retroceden cuando ven las lágrimas resbalar por el rostro del payaso. Sin embargo no lo hacen cuando muestra el cuchillo.

Me siento sola, nos dijo la niña, y mi mujer cedió y le compró un poni. Que se responsabilice ella ahora de los pequeños centauros.

Alrededor de la guardería acechan hienas, cuervos y buitres. Pero yo tengo que ir al trabajo y no sé dónde dejar al bebé.

Sí, lo entiendo, has leído un libro y tienes un árbol. Ahora dime, ¿qué has hecho en el jardín con el bebé?

# DÍAS DE CIRCO

¡Ha llegado el Circo! Los payasos, los trapecistas, los animales salvajes. El maquillaje desdibujado, el paralítico, el hambre. El miedo.

Cuando el payaso llama a la puerta, abren padres asustados. No, no tenemos hijos, dicen. No, no iremos al Circo. El payaso no sonríe.

Los suspiros de alivio se entremezclan con los gritos, los llantos y las risas que brotan cuando la caravana del Circo se lleva a otro niño.

Algunos padres se resisten cuando la troupe se abalanza sobre sus hijos. Es en ese momento cuando se abren las jaulas. ¡Que viva el Circo!

Dos monologuistas en paro lanzan invectivas contra los payasos. Solteros y maduros, poco tienen que perder.

Hay ancianos que, al ver el Circo, quieren decirle a sus hijos: ¡Ya te lo avisé! No pueden hacerlo. Se los llevaron hace mucho tiempo.

¡Corred, niños, corred! ¡Ocultaos! Así será más divertido. Así todos disfrutaremos más. ¡Es el espíritu del Circo!

La carpa del Circo se desplegará sobre el cementerio. Quizá por ese motivo a la caravana le acompaña una cohorte de hienas.

Anochece. Los niños esperan, amontonados, temblorosos, bajo la carpa. Los padres pronto vendrán al Circo a comprar sus entradas.

El camino que lleva del pueblo al cementerio es peligroso de noche. Abundan los leones, los elefantes y los monos amaestrados.

Al Circo solo acuden padres en busca de sus hijos. Vienen de todas partes, guiados por las luces, la música y los llantos.

Junto a la carpa ensayan los malabaristas. Las manos suben, bajan, giran, caen al suelo, sangran. Después lanzarán al aire los pies.

En la taquilla atiende un hombre ciego. Olisquea a las madres, gruñe a los padres. A ellas les vende las entradas a mitad de precio.

En la cola de entrada enanos contrahechos regalan a los que esperan enormes bolas rojas, sangrantes, de algodón de azúcar. Todos repiten.

¡Vamos, amigos! ¡Acérquense! ¡Las puertas del Circo están abiertas! ¡Vengan todos! ¡Vengan y disfruten de sus hijos!

Los primeros padres que se adentran en la carpa del Circo son devorados por dos leones hambrientos. Los niños aplauden y ríen.

La música, las luces, el olor. Todo aquello agobia a los padres. Sin embargo lo que les aterra es la desquiciada sonrisa de sus hijos.

En la pista varios payasos, armados con sierras oxidadas, mutilan a un sorprendido grupo de zancudos. No, no cortan sus piernas de madera.

El domador entra en la jaula. Las fieras le rodean, gruñen. El domador muestra su crucifijo. Triste destino para los cristianos en el Circo.

Las galerías están abarrotadas. Reina el silencio en la carpa. Un niño con los labios cosidos reparte bebidas entre los asistentes.

Entran en escena los contorsionistas. Se doblan, se retuercen, se quiebran, se introducen en cajas. Lástima que no sean profesionales.

Los niños se colocan en fila para entrar en el cañón. Los padres cierran los ojos. Un payaso con cubo y fregona espera junto a la diana.

Ah, los trapecistas obesos, volando por el aire, cayendo al vacío, a esa red de cuerpos formada por una multitud de niños aterrorizados.

La risa de los niños desaparece cuando entran en escena los payasos.

El jefe de pista anuncia un improvisado número de escapismo. Los padres huyen con el niño campo a través. Ya descubrirán que no es su hijo.

Llegan los tragafuegos. Los cadáveres de los niños carbonizados se amontonan en la pista. Los padres lloran. Dicen que es por el humo.

El Mago. La caja. La sierra oxidada. El niño asustado. El viejo truco de la bisección. Y luego la sangre, las falsas disculpas, las risas.

Entre actuación y actuación los payasos recorren las galerías, seleccionan a una madre al azar y se la llevan. ¡Cuántas risas desatan!

Amanece cuando los funambulistas descienden, abandonando a decenas de niños en las alturas. La velada llega a su fin.

Payasos disfrazados de niños vuelven a casa con padres esperanzados.

El Circo retorna a la carretera, va en busca de otro pueblo. Algunos niños, los más afortunados, despiden a la caravana desde la ventana.

Mientras exista un niño, el Circo vendrá a tu ciudad, a tu barrio, a tu casa. Ya sabes qué hacer. Son ellos o tú.

# CAPITALISTAS

En los sótanos del banco han excavado una fosa común para alojar a todos los jubilados que adquirieron bonos preferentes a perpetuidad.

Dicen que antes la semana tenía tres días festivos más, pero el Ladrón de Días los robó. Me pregunto qué hará con ellos. ¿Horas extra?

Vivo en cubículo gris, en mi oficina. Nunca salgo de allí. El trabajo es rutinario, pero gratificante. Le sorprenderá, pero no estoy casado.

Cuando despidieron a mi jefe pasé dos días preguntándome cuándo me ascenderían. Después pasé seis años preguntándome cuándo me despedirían.

Mis padres me dejaron en herencia su deuda hipotecaria. Yo, que soy previsor, tuve familia numerosa y me compré un chalet de tres plantas.

Tumbado sobre la fotocopiadora de la oficina pulso el botón. Después me marcho a casa y dejo que él, gris y triste, se ocupe de mi trabajo.

Entra en la sala. El hombre le entrega el sobre. Duda, hasta que ve a

los agentes armados. Entonces se limita a introducirlo en la urna.

Me pidieron un informe presupuestario. Para ayer. Viajé en el tiempo al pasado y lo entregué, pero no lo necesitaban todavía.

Árboles ciclópeos que albergan entre sus ramas el hogar de aves exóticas de gran belleza. Allí levantaremos el primer rascacielos.

Hoy han fundido mi pierna ortopédica a mi silla de trabajo con ayuda de un soplete. He tenido miedo de preguntar por las vacaciones.

Cuento de terror: trabajas más de ocho horas diarias, consumes irracionalmente, obedeces sin pensar, le transmites esos valores a tus hijos.

Pensaban que había llegado la crisis porque no podían alimentar a sus mascotas. Cuando tuvieron que comérselas olvidaron los eufemismos.

Nosotros generar empleo, nosotros generar riqueza, nosotros ayudaros, le dijo el constructor del Casino Amazonas al indígena preocupado.

¿Qué quieres ser de mayor?, pregunta el padre sin trabajo a su hijo sin colegio. La madre sonríe y trata de no escuchar la respuesta.

Amnistía fiscal: como no hemos logrado detener al ladrón de bancos, si se entrega solo tendrá que devolver doscientos euros.

Los jóvenes, vestidos de blanco y con el pañuelo rojo al cuello, corren por las calles. Los antidisturbios no entienden de fiestas.

En la reunión, en la oficina, ellos se burlan de él y le humillan. Él piensa en su mujer, en su hija, en su hipoteca. Ellos también.

Cuando el último humano con trabajo convocó una huelga general, los sindicatos robóticos decidieron no apoyarle.

Propósito de año nuevo: adaptar el cubículo del cajero automático para que puedan dormir mis hijos cómodamente por las noches.

Despedido. Ya le dije que estaba prohibido comer en el trabajo. Coja sus cosas y salga de aquí. Por favor, rápido, avisad al tanatopractor.

Lunes. En el trabajo. En mi sitio, sentado. En mi cajón, la escopeta recortada. Veremos cómo se da el día.

Propósito de año nuevo: hacer efectiva la póliza del seguro de vida de mis padres. De ambos. Pronto.

Compré una caja de alfileres. Los clavé en mis párpados, para mantenerme despierto y con los ojos abiertos. Después fui a

trabajar.

Propósito de año nuevo: vender a mis dos hijos mayores para sacar adelante al resto de mi familia y superar la crisis.

Voy al supermercado con mi padre, que ya ha cumplido los setenta. Me ofrecen seis pollos, dos botellas de vino y un litro de aceite. Acepto.

Miles de personas preparadas. Expectación entre sus familiares. Suena el pistoletazo de salida. Abren las puertas de la oficina del INEM.

Recuerda, hijo, que, tras la crisis económica, los primeros inmigrantes que llegaron de Europa a nuestro país lo hicieron en yates de lujo.

El agente inmobiliario me repite que la crisis ha remitido. Firmo la hipoteca y le entrego como primer pago a mi hijo mayor.

El dueño nos entrega las llaves. Ahora la casa es nuestra. O del banco. Todo es felicidad. Hasta que encontramos a la abuela.

Crisis energética: esclavos pedaleando en edificios de compañías indias para mantener online los servidores globales de Internet.

Es una niña, dice el médico, enhorabuena. Los padres sonríen, se

abrazan. Una niña cotiza un 20% más que un niño en el mercado negro.

¿Cuánto tiempo pasará entre la caída del sistema capitalista y la falta de actualizaciones del sistema operativo iOS?

Estoy en el paro, dice ella. Yo sonrío, retrocedo. Me despido y me marcho sin dejar de sonreír. Como todos, tengo miedo al contagio.

Aguanta todos los insultos y las humillaciones en el trabajo. Lo necesita desesperadamente. Lo sabe. Su jefe también.

Jóvenes en paro invaden las residencias de ancianos y exigen ser alimentados. Los antidisturbios prohíben el paso a los familiares.

No te puedes imaginar lo que me deprime oírte todo el día hablar de tu trabajo, le dice la mujer a su marido, de profesión sepulturero.

Hijo, algún día todo esto que ves será del banco. Le dirás lo mismo a mis nietos. Este proceso de pérdida hereditaria se llama capitalismo.

Si un árbol cae en el bosque y no hay ningún medio de comunicación cerca para cubrir la noticia, ¿cuántos leñadores van a la huelga?

Y hoy termina vuestra jornada continua, dijo nuestro jefe, así que

volvimos a casa y descubrí que mi bebé ya tenía nueve años.

Cuando el pequeño led rojo brillante implantado en la palma de mi mano dejó de brillar la empresa me invitó a acogerme al ERE.

El nuevo convenio me permite ejecutar de inmediato tu despido libre, dijo mi jefe antes de apretar el gatillo. Nadie en la oficina protestó.

Ahí viene mi jefe: con el látigo en la mano, con su sonrisa de cremallera. No me acostumbraré nunca a trabajar en una tienda de sadomaso.

Hoy, en la cola del paro, una mujer me ha dicho que por unos euros me guardaba el sitio. Yo le he dicho lo mismo a catorce personas.

Agentes armados de la Seguridad Social conducen a los parados hacia los campos de exterminio. Lo denominan Solución Final de la Crisis.

Llevaba en el paro más de tres años. Por eso no leyó el contrato. Por eso no protestó cuando le dijeron que firmara con su propia sangre.

Mi jefe sonríe cuando me despide. Una lágrima resbala por su mejilla, a pesar de ello sonríe. La cámara busca un primer plano. Yo me marcho.

En mi empresa nos han retirado las tarjetas de entrada y nos han tatuado un número en el antebrazo izquierdo. Dicen que es por la crisis.

Hoy mi jefe me ha dado un puñetazo. Me ha molestado, claro, pero no he dicho nada. Cuando lo repita durante una semana me acostumbraré.

# EXCÉNTRICOS

Le gusta sentarse junto a las personas que se quedan dormidas en los vagones de metro y susurrarles con cariño obscenidades al oído.

El suicida hipocondríaco sostiene entre sus dedos un puñado de aspirinas y reza para que todo termine cuanto antes, sin dolor.

Conmigo siempre se comportó con extrema frialdad. Cuando la aceché en el aparcamiento, llevaba en mis manos un punzón. Para romper el hielo.

Andrés secuestró a dos jóvenes y me invitó a la barbacoa. Yo soy vegetariano pero disfruto mucho con el cuchillo.

Lo que más me gusta de ti es tu hermoso pelo rojo, tu ardiente mirada, tu explosiva sonrisa, tu piel quemada por el sol, dijo el pirómano.

Tengo una personalidad magnética. Intuyo que por ello, cuando he intentado propasarme contigo, ha aparecido ese cuchillo clavado en mi piel.

Tengo un gato que solo come monedas de un euro. Lo alimento gracias al crowdfunding de mis vecinos. La del cuarto me ha pedido castrarlo.

Harto de sus errores absurdos, decidió suicidarse y se tumbó sobre las vías del tren. Habían clausurado esa línea dos años antes.

He fabricado un piano con cuchillas en vez de teclas. Qué hermosas piezas se desangran entre mis dedos.

La pediatra me dice que vuelva mañana si veo que la niña empeora. Molesto, le dejo el frasco con formol sobre la mesa y me marcho solo.

Dicen que guarda sus demonios en diminutas cajas de cristal. Para que no puedan salir. Para que todos puedan verlos.

Fotografía insectos, preferiblemente sobre los cuerpos desnudos de hermosas mujeres. Yo compro las fotos. Por los insectos.

¡Alegría! ¡Ha llegado el Fabricante de Enormes Sonrisas! Acercaos, niños, acercad vuestras pequeñas sonrisas. Ahora mirad mis tijeras.

He construido las paredes de mi casa con cuerpos humanos. Vivos. No me preguntéis por dónde van las tuberías de la calefacción.

El cocinero pidió, como último deseo, ser incinerado. Con aceite de oliva, a ser posible.

De niño atropellé a mi padre con mi coche de juguete. Me pegó tan fuerte que me rompió un brazo. Ayer recogí mi carné de conducir.

Le gustaba calentar las discusiones, siempre echando leña al fuego. Nos tenía quemados. Quizá por eso cuando murió le incineramos.

Desde hace nueve años un hombre me sigue. No me habla. No me mira. Sólo me sigue. Al hombre al que yo sigo no parece preocuparle.

Dos hombres discuten en la puerta de un bar. Uno de ellos no tiene ojos, ni orejas, ni nariz, ni boca. No deja de gesticular.

Le gustaba que su hija le enterrara en la arena de la playa. Al fin y al cabo, algún invierno también tendrá que hacerlo, decía.

A ella le encantaban los juegos de mesa. Con tablero. Con fichas. Con monedas. Con armas. Con esa cadena oxidada alrededor de su cuello.

Cuando se acostaba le gustaba quitarse la ropa en silencio, despacio, con cuidado, todo para no despertar a las otras hermanas del convento.

Le faltaban dos dedos en la mano derecha. Lo usaba como excusa para no estrechar las manos, para no confiar en nadie, para no comprometerse.

Sí, papá, llevo mallas ajustadas y un antifaz y acudo cuando me llaman, pero mis clientes no están en peligro y yo no soy un superhéroe.

Aprendió papiroflexia en España. Fabricaba barcos de papel que enviaba por correo a Marruecos. Allí esperaban sus hermanos inmigrantes.

Vivo solo. Cuando me macho cierro con llave. Dejo siempre la música encendida. Así sé que ellos no saldrán y estarán en casa cuando vuelva.

A ella le gusta esconderse en el faro, a mí saquear los barcos que encallan en la costa. Ambos adoramos los entierros multitudinarios.

En casa nos gusta sentarnos a oscuras frente al televisor apagado, en silencio, y esperar durante horas a que algo ocurra. Lo que sea.

El vidente conoce con certeza la cercana fecha de su muerte. Se pasa el resto de su vida tratando de demostrar que es un farsante.

El pianista ciego interpretó sobre el cuerpo del hombre desnudo una sensual pieza en braille. El hombre acompañó la pieza con sus gemidos.

# NAVES ESPACIALES

Los moradores de este planeta recuerdan, por su forma, a un crustáceo. Son aterradores. Su sabor, sin embargo, es agradable.

Uno de nosotros no es humano, dijo la aberrante criatura verdosa mirando a su alrededor. Yo asentí en silencio con mis tres cabezas.

El astronauta se ajusta el casco. El nativo le entrega la lanza y le ayuda a montar en el hyukyui. ¡Que comiencen las Justas Marcianas!

En aquel planeta sus líderes, ciegos de nacimiento, carecían de empatía, por lo que fue imposible explicarles nuestro punto de vista.

Para paliar el calor insoportable de este mundo exprimimos a sus habitantes y nos los bebemos. Por ello aquí el turismo no es muy apreciado.

Encendí la máquina del tiempo. No ocurrió nada. No ocurre nada. No ocurrirá nada.

El predicador, su cara oculta tras la máscara de gas, habla a los supervivientes del holocausto acerca del paraíso que han perdido.

Cuando despegó el primer cohete todos aplaudimos, alborozados, y nos abrazamos. Su cabeza nuclear borraría del mapa a nuestros enemigos.

Jamás te olvidaré, me dijo el robot instantes antes de que borrara por completo su memoria.

En Optia devoran los ojos de los que llegan tarde a sus citas. No hace falta decirlo, el negocio de los relojeros ciegos está en alza.

Tengo de mi lado la Fuerza, y en este reducido espacio nadie podrá oír sus gritos. A ella ni siquiera le gusta la ciencia ficción.

Insertó una videocámara en su ojo. Instaló memoria USB en los dedos de su mano. Encontró trabajo de cámara de seguridad.

Crea una máquina del tiempo. Viaja al pasado. Conoce a sus padres. Vuelve. Le pregunta a sus padres por qué no le dijeron que era adoptado.

De niño quería ser astronauta. De viejo siempre estaba en la luna y no soñaba, se conformaba con despertar al día siguiente.

En la Luna, cuando la Tierra brilla en todo su esplendor, los astronautas aúllan, babean y corren a cuatro patas mientras piensan en ovejas.

Se vende máquina del tiempo. Solo entrega en mano. Pueden pasar a recogerla ayer.

Venimos en son de paz, dijeron los extraterrestres, y las mujeres cubanas los enlazaron y todos bailaron con la voz de Benny Moré.

Naves espaciales rumbo a lo desconocido. En las casas, madres con niños que nunca conocerán a sus padres astronautas.

Una nave extraterrestre del tamaño de una ciudad pequeña sobre el cielo de Madrid. Desde hace seis años. A nadie parece importarle.

En el espacio, a la deriva, solo, en el interior de mi traje de astronauta, veo cada vez más lejos la estación espacial. Todo está en calma.

Los niños marcianos fabrican sus globos con las cáscaras de los astronautas terrestres que encuentran varados en la arena.

Escribía libros pornográficos para extraterrestres, pero en su planeta se veía forzado a publicarlos como recetarios de cocina.

# ANIMALITOS

Tengo un *rottweiler* de tres cabezas. Cuando lo saco a pasear, las ancianas se montan en sus escobas y sus gatos bufan y huyen despavoridos.

Dicen que los cocodrilos lloran cuando un niño cae a las aguas del Nilo. Lo que no dicen es que son hambrientas lágrimas de alegría.

Fabricamos despertadores biológicos. Perros que lamen el rostro, gatos que arañan la mano. Nuestro gran éxito: el beso de la mosca tse-tse.

Pidió sopa de marisco. Tentáculos surgidos del plato se enroscaron en su cuello. Su mujer, vegetariana, comió en silencio las zanahorias.

El mensajero me entregó la caja. La abrí delante de él. Contenía una cabeza de caballo cercenada. Evidentemente no le di propina.

Lo peor eran sus risitas nerviosas. Ya, tenían hambre, pero al menos podían esperar a que me muriese. Malditas hienas.

No le importa al búfalo moribundo si el buitre o la hiena llegará primero a la meta; lo único que espera es que la carrera termine pronto.

Tú eres un dragón descomunal, en todos los aspectos. Yo un delicado caballero. Entiéndelo, hermoso grandullón, lo nuestro nunca funcionaría.

Herrar es de sabios, le dijo el caballo parlante al anciano sudoroso que sostenía con manos temblorosas su casco.

Cuando el bebé nació mi marido vio sus ojos rasgados, oyó sus maullidos y supo que no era suyo. Después compró el perro.

Cuando los niños abren las jaulas que retienen a los cuervos, los padres se cubren el rostro con manos temblorosas.

Tienes la cabeza llena de pájaros, me dijo el cazador mientras introducía los dos cartuchos rojos en su escopeta.

La vaca entra en la plaza. El torero, intolerante a la lactosa, agarra el cubo y el taburete. El público es mayoritariamente vegetariano.

Dicen que miríadas de dromedarios ciegos caminan por las playas de Valencia sin llegar jamás a pisar el mar. Yo veraneo en Cádiz.

Al cumplir seis años le regalaron una boa constrictora como mascota. A los siete pidió varios hámsteres. A los quince un cordero.

Los ojos abiertos de la ballena estaban tan blancos que los asustados niños garabateaban sin piedad sobre ellos con sus pinturas de colores.

Era un pulpo vestido de pingüino, pero al menos alejaba a los buitres, así que le permití que me abrevara. Dichosas bodas.

El hombre pulpo acecha a su bella presa. A su alrededor los jóvenes carroñeros beben y bailan en busca de sus amigas menos agraciadas.

No despertó. No lo hizo porque el dinosaurio todavía estaba allí y le había arrancado la cabeza de un mordisco.

Los perros ladran a mi paso. Los gatos bufan y muestran sus uñas. Las ratas huyen. Los tiburones... bueno, los tiburones son así.

Fue un motín, sin duda, dijo el forense tras ver los panales, la miel, las abejas, el cuerpo inmóvil del apicultor.

¿Anacronismo? ¿Qué es un anacronismo?, preguntó el dinosaurio mientras pisoteaba viandantes y derruía edificios a su paso.

Dos austriacos en la montaña cantan con emoción. De repente viene un lobo, e interrumpe la canción. Y callan. Y gritan. Y sangre.

# AUTOR, AUTOR

¿Sólo escribes sobre mutilaciones?, dijo ella, y yo dije no y continué mi relato con la pluma que descansaba entre mis dos únicos dedos.

Ella era economista, él un virtuoso del violín. Él le enseñó todo lo que sabía de música, ella le dio de alta en la SGAE.

Manadas de escritores noveles mendigan por las calles en busca de lectores piadosos que les subvencionen sus libros.

Le dije a mi protagonista que le mataría pero se suicidó ahorcándose con una metáfora, así que me tuve que tragar mis palabras.

El autor inédito construyó un libro con los cientos de cartas de rechazo que había recibido. Ninguna editorial quiso publicarlo.

Los libros se abren y, aleteando, huyen de las bibliotecas vacías. Los cazadores los derriban con sus escopetas y los venden como saldos.

El autor dejó escrito su epitafio. Ningún editor quiso publicarlo; le incineraron y le enterraron en un nicho sin inscripción.

Mojo mi pluma en sangre y escribo sobre piel humana desde hace trece años. Evidentemente todavía no he publicado.

Escribía epitafios. Le ofrecieron publicar una antología. Cogió su escopeta y subió al campanario, sólo para recopilar material.

Dicen que los escritores nunca dan su brazo a torcer. Por ese motivo yo siempre les salto al cuello, que es más frágil.

Gracias a todos; sin vosotros, nada de esto sería posible, quiso decir el autor, pero los lectores ya le habían cosido los labios.

El lector le dijo que odiaba los finales de sus libros: abruptos, inesperados, sin sentido. El escritor objetó que no lloverá este martes.

El poeta, triste, veía cómo la inspiración escapaba por la ventana abierta. Escritores sin musa trataban de derribarla con sus escopetas.

Las musas vinieron a verme. Yo les mostré mi cuchillo. Su expiración fue mi inspiración.

El autor luchó y luchó en busca de la inspiración, pero los lectores mantuvimos su cabeza bajo el agua hasta que expiró.

El editor soñó que había escrito un libro de fantasía épica juvenil

con un vampiro zombi enamoradizo como protagonista. Despertó gritando.

El escritor agoniza mientras los fieles lectores, hambrientos y babeantes, acechan a la espera de que salden su obra.

Mi padre nunca escribió un libro, pero murió considerándose escritor. El chamán que atendió su enfermedad se consideraba médico.

Dicen que un hombre guarda en un cofre todas las historias narradas. Esta ha sido reproducida sin su consentimiento.

El asesino ortográfico se ocultaba entre las líneas. Allí urdía sus planes: secuestrar haches, mutilar bes, decapitar vocales con tilde.

# CINÉFILOS

¿Sarah Connor?, pregunta el Terminator. Claro, adelante, pase, aquí está ella, responde el hombre. Su suegra le mira sin comprender.

¿Sarah Connor?, pregunta el Terminator. No, no, se llama Isaac, responde Abraham, pero no suelta el arma. El ángel espera junto al carnero.

Pero... tú no eres Jasón, dice uno de los argonautas antes de que el joven Voorhees le hunda el machete en el pecho.

Jason ve a las jóvenes desnudas bañándose en el lago. Vuelve armado con un machete gigante y un rollo de papel higiénico.

Godzilla arrasa a su paso todos los parques de Tokio. Recalifican el terreno y construyen rascacielos. Así, provocando.

Luke, yo soy tu padre, le dije. Después le mostré el cinturón, apagué la luz y cerré la puerta de su cuarto.

Tócala otra vez, Sam, quiero oírla de nuevo, le dije. Sam, obediente, la tocó, y de nuevo ella gritó, aterrada.

Le gusta el sabor de los autobuses escolares, rellenos de niños aterrados. Como postre, después de un delicioso *Shinkansen*.

# CRIATURAS DE LA NOCHE

El hombre lobo es un hombre lobo para el hombre lobo. Sobre todo si es un hombre lobo estepario.

Yo soy vegetariano, ella se alimentaba de carne humana. Salimos un par de veces, pero la cosa no funcionó. Nunca me devolvió el meñique.

Presentó su libro rodeados de jóvenes andróginos que ansiaban un ejemplar firmado con su sangre. Vendió dos transfusiones completas.

Dicen que en las ramas de los árboles calcinados anidan ángeles negros, y que su prole se alimenta de lágrimas y ceniza.

Por las noches me siento junto la cuna y observo en silencio cómo duerme mi hija de dos años. Yo duermo por el día.

En mi saco puedes volcar ojos y dedos, dijo la niña mientras cosía mi boca y lamía mis lágrimas.

En las fotos apareces sola, la mirada perdida, quizá tratando de olvidar. A mí, enroscado en tu cuello, la cámara me rehúye, como el espejo.

Ella frecuentaba el cementerio a deshoras. Él se alimentaba de la carne descompuesta de los muertos. No, no hubo boda.

Al anochecer. Velas encendidas. Un mantel de tela roja. Dos frágiles copas de cristal. Una bella joven. La daga. La cabra. El pentagrama.

Cuando el Malvado Doctor construyó la Terrible Máquina supo que, con el tiempo, ella sola maquinaría malvadas cosas terribles.

Luna llena. El pastor, encadenado en su cuarto, todo pelo y dientes, babea y aúlla, luchando por reunirse con sus ovejas.

Duerme por el día. Trabaja por la noche. Apenas ve a su mujer, a sus hijos. No hace falta hablar de vampiros, esta historia ya da miedo.

Iconos del terror: la casa encantada, el monstruo, el psicópata, el tirano, la locura, la muerte, la hipoteca y el banquero.

Ella buscaba un buen carpintero para que le fabricara un nuevo ataúd, pero mi especialidad eran las estacas y los mazos.

No soporta el ajo, aúlla a la luz de la luna, camina envuelto en vendas y lo creó un doctor loco. Caso claro de personalidad múltiple.

En el sótano de las casas donde viven familias numerosas se ocultan monstruos deformes que se alimentan de niños olvidados.

Buenas noches, dijo el monstruo desde la cama a los confiados padres. La niña, asustada, estaba escondida en el armario.

Mi colega vampiro trabaja en el turno de noche. Mi primo lobisome libra en luna llena. Mi suegra, una momia, trabaja en unos baños públicos.

Últimas palabras de un necrófago: ¡Este todavía está caliente!

Collage: un ángel mordido por un vampiro se enfrenta a un hombre lobo mientras Caperucita Roja huye de una legión de abuelas resucitadas.

El monstruo bicéfalo me atrapa. Una de sus cabezas me mira con desdén, la otra ríe mientras grito. Me pregunto cuál de ellas me devorará.

Últimas palabras de un súcubo: ¿has visto ese caballo? ¿has visto… eso?

Odio la sonrisa de los niños que se asoman por la noche a la ventana de mi cuarto. De nada ha servido mudarnos a un ático.

¡Matad al monstruo!, gritaron los aldeanos, enarbolando palos y

antorchas. El alcalde, atrapado, buscó en vano el molino demolido.

Últimas palabras de un vampiro: no me digas que hoy se cambiaba la hora.

Vampiro joven y apuesto que odia los compromisos busca donantes sin pretensiones de inmortalidad. Se gratificará. Abstenerse católicos.

Ya sé que nadie es perfecto, cariño, pero yo soy un necrófago, esto no va a funcionar. Ella, claro, no contestó.

En las barajas de cartas de los hombres lobo las reinas lloran en una esquina y los reyes aúllan a la luna llena.

En las barajas de cartas de los vampiros los corazones son negros y los tréboles, cubiertos de sangre, siempre traen mala suerte.

En las barajas de cartas de los necrófagos los corazones, parcialmente devorados, han sido sustituidos por estilizadas lápidas de piedra.

Hola, soy un vendedor ambulante. Le garantizo vida eterna y oscuridad por unos pocos litros de su sangre. Por favor, invíteme a entrar.

¡Eres un vampiro!, me increpó, llevándose la mano al cuello.

Podríamos haberlo discutido, claro, pero yo nunca discuto con la comida.

En verano los vampiros que van de vacaciones a la playa solo salen de noche y llevan consigo su propia arena.

Dicen que los vampiros adolescentes muerden a sus padres en la paciencia y beben y beben y beben hasta que no queda nada.

Entro por la noche en los quirófanos y deslizo mi lengua por la camilla, el instrumental, el suelo. Soy un vampiro.

No, hija, no creo en vampiros. Sé lo que provoca tu extrema delgadez, lo que provoca tu anemia. Sé lo que son esos pinchazos en tu cuello.

No busques erotismo implícito, no lo hay, dijo el vampiro deforme hundiendo sus dientes amarillentos en el cuello del motorista barbudo.

Yo nunca bebo… vino, dijo el Conde, emocionado, y todos los vampiros anónimos reunidos aplaudieron y le animaron a continuar.

# DECONSTRUCCIÓN: ALICIA

Cazadores embozados, amparados en la oscuridad, abaten conejos blancos tardíos. Después venden ropas y relojes a buhoneros sin escrúpulos.

Fabricaba sombreros para cabezas amputadas. Exhibía sus colecciones en cementerios mancillados. Estaba loco.

La Reina Roja, así la llamábamos. Se alimentaba de nuestros corazones. Los mordisqueaba, luego los escupía. La maldita Reina Roja.

Le llaman el Gordo de Cheshire. Siempre sonríe. Aunque los demás se burlen y le humillen, el Gordo de Cheshire siempre sonríe.

Ella construía castillos con barajas francesas. Hallaron su cuerpo decapitado en el salón, atrapada entre sus dedos la reina de corazones.

Vamos a celebrar la fiesta del día de no trabajo, le dijeron el Sombrerero Loco y la Liebre de Marzo a Alicia en la cola del paro.

# CUENTOS Y FÁBULAS

A la hormiga le deniegan el crédito y le embargan lo recolectado para el invierno. La cigarra hace meses que se suicidó.

Tortura lobos. Los ata a los árboles con alambre de espino, los observa. La sangre mancha sus ropas. Por eso la llaman Caperucita Roja.

Lobo, lobo, lobo, lobo, lobo, lobo, lobo, lobo, lobo, balaron las ovejas mientras el pastor era devorado.

Yo soy agnóstico, dice el Conejo de Pascua mientras devora un huevo de chocolate. El Ratoncito Pérez asiente sin prestar atención.

El tatuaje del lobo negro con las fauces abiertas inundaba su torso. Yo iba desnuda, a excepción de una capucha roja. La anciana nos miraba.

La verdad: tras diez años aquí, tumbada, inmóvil, sin respirar, yo no diría que es la Bella Durmiente, dijo el príncipe, azorado.

Mientras el dragón leía un cuento a la princesa, el caballero cercenó su cabeza. Resuelve tú esta anfibología del Día del Libro.

Caperucita Roja abre con su llave la puerta de la casa del tercer cerdito. Después, con permiso del lobo, se va a ver a su abuelita.

¡Capitán Garfio!, ¡Capitán Garfio!, gritaban Wendy y sus amigos a la anciana artrítica, y ella, triste, sonreía.

El espantapájaros devora el cerebro de Dorothy, el hombre de hojalata le arranca el corazón. El león, acobardado, juega a un lado con Toto.

Día de difuntos. Amanece. Cenicienta, todavía convertida en calabaza, mordisquea un zapato de cristal.

Blancanieves se pregunta (ah, dulce inocencia) si cuando termine Gruñón la liberarán de las ataduras y la dejarán marchar.

Un bosque. Una niña pequeña, sola. Anochece. Osos, varios osos hambrientos deambulan entre los árboles. Cuéntale ahora lo de Ricitos de Oro.

Los tres cerditos construyen casas en terreno no urbanizable. La denuncia no fructifica. ¿Qué esperaban que hiciese el lobo?

La niña, los fragmentos y el cocodrilo hambriento. Cuento infantil. Érase una vez unos padres denunciando una desaparición en comisaría.

La tortuga espera, oculta entre las matas, a que el cazador termine de despellejar a la liebre. La carrera ya no es tan importante.

Había una vez un reino tan diminuto que cabía en el alfiletero de una princesa. No había día que alguien no se pinchara.

Adán muerde la manzana y cae al suelo, muerto. Eva deja a un lado su disfraz de anciana y huye, enloquecida, de los siete querubines enanos.

Y el hada le entrega la sierra dentada y le dice que si quiere muebles nuevos, le pida a su hijo de madera que mienta, que mienta sin parar.

Los galgos hambrientos corren en pos de la liebre. La tortuga, agazapada junto a la línea de meta, se limita a esperar los aplausos.

Su príncipe azul le ofreció el papel de su vida pero ella, tímida y de familia humilde, no se atrevió a salirse del guión.

Caperucita Roja discute habitualmente con su madre. A su abuela le han embargado la casa. El lobo participa en un reality show.

El cerdito economista observa impertérrito como el lobo contratado por el banco derriba las casas hipotecadas de sus hermanos.

# SORPRESA, SORPRESA

Creí que se convertiría en príncipe, dice la joven, y su marido, obeso, con camiseta blanca de tirantes, bebe cerveza frente al televisor.

En la sopa había una mosca, en la hamburguesa una cucaracha, en el postre dientes de rata. Los dedos de mi mujer los dejaron para el café.

He lavado la ropa y la he tendido, como me dijiste. No entiendo tus gritos. No es culpa mía que la sangre siga ahí, por todas partes.

Encuadernaba libros con piel humana. No ganaba demasiado. Descubrió el negocio de las fundas para iPad justo a tiempo.

Dicen que una bandada de cuervos entró por la ventana tras fallecer la anciana en la residencia. La policía sigue buscando las joyas.

Hasta que un día todas ellas rompieron a aplaudir me gustaba recitar poemas frente a las muñecas de porcelana.

El día de su cumpleaños ellos trajeron las velas, las cerillas, los cuchillos y los platos. No había tarta.

Pero... ¡Por el amor de Dios, esto no es una calabaza! Dijo mi padre cuando, sonriendo, le entregué la cabeza de mi hermano pequeño.

¿Eso... eso es un libro?, preguntó el niño, y el holograma del museo arqueológico asintió en silencio.

Escribió su nombre con sangre. Y sus apellidos. Se desvaneció al terminar el examen, cuando le dijeron que sólo admitían tinta azul o negra.

Primero me envió un beso, impreso con carmín en el mismo sobre. En la segunda carta llegó el dedo amputado. Decidimos pagar el rescate.

Decía que quería regalarme aquel absurdo collar de pequeñas y desiguales cuentas blancas mientras exhibía su sonrisa sin dientes.

Hallamos en la garganta del cadáver tres coches y un autobús. Los conductores, obviamente, se habían dado a la fuga.

La pitonisa da la vuelta a la carta. La muerte. Sonríe y me dice no sé qué cosas acerca del cambio, pero en sus ojos sólo veo muerte.

Ayer, mientras me duchaba, descubrí un tatuaje en mi nalga derecha. Mirándolo en el espejo, pude leer: "*Made in China*".

El primer día de cada año cambio de cuerpo. Puedo ser cualquiera:

tu vecino, tu amiga, tu marido, tu amante. Puedo ser tú.

Perdido en los pasadizos, agotado, el héroe contempla con desesperación el enorme dado de diez caras que bloquea el camino.

Se olvida el marcapáginas, dijo el librero tendiéndome un dedo cercenado. Miré mis manos y sonreí. No es mío, le dije, yo no leo.

Compro una docena de globos en el parque. Se los doy a mi hija, se eleva en el cielo, desaparece. Vuelvo a por tres docenas para su padre.

Una inabarcable hilera de escaleras mecánicas conduce a la Morada de los Dioses. Todas ellas exhiben el cartel: NO FUNCIONA.

No, agente, eso no es un chicle. Está contaminando la escena del crimen. Aléjese del cuerpo, por favor.

Cuarenta y ocho horas sin dormir. Dicen que es ahora cuando empiezan las alucinaciones, mi querido amigo rosa de seis cabezas.

# TÚ NO LO HARÍAS

He vuelto a casa... para vengarme, dijo el redivivo, su cuerpo medio descompuesto. Nosotros nos mudamos ayer, lo siento, respondió la mujer.

Pasamos el fin de semana en una casa rural. Nos volvimos el domingo, de madrugada, antes de que se despertaran los niños.

Oh, sí, tú serás el listo de la familia y has terminado el maldito puzle, pero yo tengo en mi mano derecha el martillo, tu rompecabezas.

Hoy ha venido un hombre joven a casa, acompañado de una niña preciosa, quizá su hija. Ambos sonreían. No me he atrevido a abrir la puerta.

Para llenar los ratos muertos construyo relojes con distintas partes de cuerpos humanos.

La señora de la limpieza me reprendió por toda la sangre derramada. Desanimado, dejé a un lado el machete y me limité a estrangularla.

Tenía fiebre. Su cuerpo literalmente ardía. Me preparé unos huevos fritos y unas verduritas a la plancha.

Ayer le compré a mi padre su último coche. Naturalmente elegí uno que me permitiera manipular los frenos con facilidad.

Cuando la mujer me acaricia, sonrío. Dicen que una sonrisa bonita puede llegar a duplicar el precio de un esclavo.

Cuando el coche se detiene y el conductor me pregunta siempre respondo que me he perdido, que necesito ayuda, que no acepto tarjetas.

En el interior de la lavadora, la muñeca gira y gira y gira y gira mientras mi hija de porcelana y yo la contemplamos en silencio.

Cuando la parestesia se apoderó de la mano derecha del pianista dio gracias por ser capaz de sostener un cuchillo con la mano izquierda.

A mi hija le encantan los caramelos. Por eso, apostado junto a la puerta de la escuela, vigilo a esos hombres con gabardina que los regalan.

Me dice que sonría, que le cuente algo, que estoy demasiado tensa, y aunque trata de ser amable no consigo relajarme con mi ginecólogo.

El coche arranca, huye. La víctima se levanta, corre tras él. Acelera, atropella a un niño. Cuando siete personas le siguen, decide parar.

Nos detuvimos junto al vehículo accidentado. Había sangre por todas partes. Apenas hicimos fotos. En todas ellas la niña aparece sonriendo.

Esto no es violencia gratuita, dice el hombre, y yo sonrío, ensangrentado, y le doy otro billete de veinte para que me golpee de nuevo.

En la habitación hay un hombre joven desnudo, atado. A su lado alambre de espino, tijeras, agujas, cloroformo y un hacha. Elige dos objetos.

No soporto ese ruido insano, deja de respirar, dijo mi madre. Yo no dije nada. El médico, abatido, desconectó la respiración asistida.

Cuando dono sangre involuntariamente me gusta que me atienda una enfermera vestida con zapatos de tacón de aguja.

Por las noches entro en el cuarto de mi hija y, al azar, cojo una de sus muñecas y le clavo un punzón en el pecho. Nunca se quejan.

¿Es esto lo que quieres que aprenda?, gritó su madre y yo, avergonzado, me abroché el cinturón.

¿Bailamos?, dijo el joven en silla de ruedas y yo asentí y dije espero que no me pise y él se echó a llorar.

Voy a por tabaco, le dice su hijo adolescente, y ella, asustada, recuerda que ya desde pequeño le gustaba imitar a su padre.

Risas con los amigos, unas copas. Pasar por casa a despedirse de los niños. Había sido un buen día. Eso pensó antes de saltar del puente.

Mi padre decía que su hombría quedaba reflejada en la pulcritud que exhibían sus zapatos. Por eso le enterramos descalzo.

Mentiroso. Me dijiste que no dolería, que bastaba con desconectar el respirador. Mentira. Tuve que asfixiarte con la almohada. Y me duele.

Cariño, lo siento, esta enfermedad es muy dolorosa, prefiero estar solo estos últimos momentos, dije, y abandoné la habitación del hospital.

# NAVIDADES BLANCAS

Los Reyes Magos han traído a mi hermano gemelo, largo tiempo perdido. Estaba muerto. Tenía hambre. Si escribo la historia la publico seguro.

¡Me ha tocado el gordo!, gritó la niña dentro de la administración de loterías, y su madre retuvo al acosador hasta que llegó la policía.

Un incendio atrapa a media docena de muñecos de nieve. Se deshacen ante las miradas impávidas de los renos. Los niños cantan villancicos.

Es la maldita crisis, dice Melchor mientras Baltasar golpea a Papá Noel y Gaspar vacía su trineo. A lo lejos llora un niño.

Navidad. Los padres. El vino. La fiesta. Los regalos. El cava. Las risas. Las copas. Los niños. La calle. El bosque. La nieve. Los lobos.

Cuando termina el invierno los muñecos de nieve, tristes, lloran y lloran y lloran hasta que desaparecen.

Me gusta preparar el árbol de Navidad con mis hijos. Todos los años montamos uno, grande, hermoso, sobre la tumba de mi esposa.

Dejamos galletas y un vaso de leche bajo el árbol para los Reyes Magos. Por la mañana seguían allí, pero el perro había desaparecido.

En Nochebuena, al anochecer, los Reyes Magos encienden la chimenea, sonríen y esperan.

# CENTROS COMERCIALES

Sentado, con los pantalones por las rodillas, el hombre oculto en el servicio trata de no hacer ruido cuando oye los gritos, los llantos.

El niño, perdido en el centro comercial, llora y alza la mano para que le encuentre su madre. Cualquier madre.

Hay pasillos en el Centro Comercial que solo frecuentan los ancianos. No hay tiendas, no hay restaurantes, solo bancos y migas de pan.

En el aparcamiento del Centro Comercial se amontonan los coches herrumbrados, quebrados, vacíos. Los niños viven en los maleteros.

Día de rebajas en el Centro Comercial. Centenares de espíritus condenados se agolpan a las puertas de la tienda de electrodomésticos.

En el centro comercial, perdida entre la gente, la niña rompió a llorar. La multitud, al ver que estaba sola, comenzó a pujar por ella.

Hombres armados con antorchas y palos invaden los Centros Comerciales en busca de sus mujeres desaparecidas.

Los martes en los Centros Comerciales subastan los niños que se perdieron el fin de semana. Se prohíbe tocar la mercancía antes de comprar.

# BATIBURRILLO

Mi hijo quiso construir un castillo en la playa, pero tuve que explicarle que no teníamos dinero y acompañarle a un banco de arena.

Descubrieron su enfermedad y escarificaron en su piel una gran cruz roja. Cuando lo cuento la gente piensa en la cruz, no en la enfermedad.

Él odia sus migrañas. Yo odio vivir atrapado en los intersticios de su cerebro, por eso le muerdo y le araño y grito en su cabeza.

Trabajaba como diseñador de mobiliario urbano para parques infantiles: balancines, carruseles, columpios. Nunca hablaba con sus clientes.

Me he adherido a la huelga general, lo siento, me dijo la Muerte y me dejó allí, colgado del árbol, esperando la llegada del siguiente día.

Su abuela fue su maestra. Punto de cruz, medio punto. Transmitió la pasión a sus amigas. Le gusta coser sus bocas para que no griten.

Cuando viajaba en avión plegaba sus alas y trataba de pasar desapercibido en su asiento de primera clase. A veces los niños le

señalaban.

¿Es usted el último?, me dice la mujer en la carnicería. Yo asiento mientras la señora que me precede se desnuda y se acerca al cuchillo.

Con dedos meñiques fabrico marcapáginas para incunables encuadernados en piel humana.

En la cúspide de la pirámide azteca, el elegido para el sacrificio tiembla. Miedo, piensa el sacerdote. Sólo es vértigo.

¿Mamá? ¿Mamá? ¿Estás ahí? ¿Mamá? Nada. No está. Se ha marchado. Pueden proceder a incinerar el cadáver.

Cuando vendimos el televisor del salón, recuperé la encantadora conversación de mi marido. Ya tengo una buena oferta por el del dormitorio.

Tumbado sobre las vías, espero a que llegue el tren con una sonrisa en la cara. Mi hija engancha los vagones y ríe cuando arranca.

Mamá se quedó en la estación, triste, y no se despidió cuando nos montamos en el tren que nos llevaría a Auschwitz.

Te diré mi nombre si me das un beso. Si me das tu cartera, dejaré que me llames como quieras.

Volvió de la guerra y ya no era él. Había dejado allí su brazo, pero lo que yo echaba en falta era su sonrisa, sus bromas, su alegría.

No quiero volver, por favor, no quiero volver, quiero decir pero la voz no surge de mi boca y el médico continúa con la reanimación.

Enciendo la luz. La apago. La enciendo de nuevo. Apago. Su rostro brilla en la oscuridad. Me pregunto si tendré valor para besarle.

Finos hilos de materia oscura brotaban de su cuerpo desnudo y se desperdigaban por el cuarto de estar como gusanos. Era, sin duda, erótico.

El médico le recomienda reposo absoluto. Permanece tumbado tanto tiempo que, meses después, le entierran con su sofá.

Interpreto mi futuro mediante las diversas formas que adoptan las nubes. Mira, una mordaza. Una cuerda. Un cuchillo. Un niño.

¡Estamos perdidas! ¡Nos cogerán!, gritó mi madre, y antes de que pudiera evitarlo, les lanzó el bebé.

Las piezas del rompecabezas sangran y gritan mientras los niños las cortan y las unen, las cortan y las unen.

¿Quién no esconde un esqueleto en su armario?, quiso justificarse La Muerte cuando descubrieron el escondite de su amante.

Catálogo, venta por correo. Ropas alegres, muy coloridas, logran distraerme de los rostros serios, tristes, de los esclavos en venta.

¿Eres ciego?, dijo la voz. Yo dije: sí. Buena elección, nosotros también, dijo la voz, y un centenar de sus extremidades tocaron mi rostro.

Si mi hijo se porta mal, ya no es mi hijo, dijo la madre antes de cerrar la puerta del armario.

Viajo en un tren maldito que no se detiene en ninguna estación. Lo triste es que me monté sin comprar el billete.

Ayer el niño construyó su primer castillo de arena. Hemos decidido mudarnos esta misma semana.

En manos de ella era una marioneta. En manos de él, un juguete inútil. Solo su hijo, titiritero de corazón, me daba la vida que ansiaba.

Cuando se estropea el ascensor, subo por las escaleras. Mi sombra, agotada, se arrastra por los escalones murmurando maldiciones.

Agosto. El sol, la arena, una mujer desnuda. Muerta. Como mi

caballo. No saldré con vida de este desierto.

Tengo tres reuniones planificadas a la misma hora y necesito un trasplante de riñón. En fin, para eso disponemos de las granjas de clones.

Lo más bonito de nuestra amistad es que sobrevivirá a la muerte. A la tuya, claro.

Migraña. Me duele la cabeza. Mi hermano me mira y se ríe. Quiero pegarle, no puedo. Él controla los brazos, yo las piernas.

Prendimos las hogueras, enormes, inmensas. Los jóvenes, intrépidos, intentaron saltarlas. Al alba se habían consumido sus piras funerarias.

Dame tu alma, me dijo ella, sonriente, pero yo ya la había vendido y sólo podía entregarle algo que ella no quería: mi cuerpo.

Sí, hundí el cuchillo en su barriga y rajé de arriba a abajo a aquel cerdo. Lo hice por dinero, por las monedas que contenía la hucha.

Y quien escriba estas palabras perderá su cordura, me dijo el ese quex oeopre rmepreoenr eroerepre ahhhhhhpoarpokaaa!!!!!

¿Tiene cambio?, me preguntó la joven. Claro, le dije, y me marché a la trastienda mientras mi clon le atendía.

Tan enfrascado estaba en la lectura que no advertí cómo colocaban la tapa y me dejaban encerrado dentro.

Nos regalaron máscaras de gas con los cartones de leche. Nos hizo gracia. Después, con las galletas, llegaron las armas automáticas.

Un hombre sustituye su antebrazo por una pieza de relojería repleta de engranajes. Cuando le pica la nariz tiene que darle cuerda al brazo.

Quise gritar, suplicar vuestra ayuda, cuando sentí su fría mano en mi espalda. Lo único que hice fue obedecer las palabras del ventrílocuo.

En los trenes con destino Auschwitz el deforme revisor de ojos ciegos no quiere vuestros billetes; quiere vuestras almas.

Quise preguntarle si me guardaba el turno, que tenía un recado, que me lo estaba pensando mejor, pero ella ya había saltado al vacío.

Tengo, como todos, esqueletos en mi armario. Y bajo la cama. Y otros, debidamente fracturados, en la nevera. Mañana hablamos del trastero

En tu cabeza he incrustado una pantalla plana, una antena. La recepción no es buena, hay cierto olor quemado y no logro

encontrar el mando.

El cristal de un escaparate quebrado, esquirlas afiladas. Sangre, gritos. Una docena de personas esperando, en fila. ¿El último, por favor?

# DEPORTIVO

El náufrago arriba a una isla desierta. Dos días después llega otro. Y otro. Cuando se juntan una docena, montan un partido de fútbol.

No voy al estadio por la emoción, por la victoria, por la pasión. Voy para ver y disfrutar el dolor de los demás.

En la meta francotiradores abaten a los corredores que tratan de cruzar la línea. Los últimos en llegar, indecisos, se empujan unos a otros.

En el estadio, seis corredores. Suena el disparo, cinco se levantan y corren. Con el segundo disparo ya solo quedan cuatro.

Gol. Eso le digo cuando se acerca y él se vuelve, mira el televisor y yo aprovecho para salir por la puerta con mi hijo y correr. Correr.

Parque. Fútbol. Balón. Portería. Niños. Sonrisas. Gol. Gritos. Parque. Petanca. Bolas. Boliche. Ancianos. Desmayo. Infarto. Gritos.

Gol. El partido se detiene. El público calla. El árbitro extrae el revólver oculto bajo su camiseta. Primeros silbidos desde las gradas.

Tras el primer gol visitante soltamos a las fieras. El árbitro, cristiano confeso, no añadió ni un minuto.

En España, al terminar un partido de tenis, enterramos al perdedor dos metros bajo tierra. Por eso somos los mejores en tierra batida.

Calles vacías. Niños abandonados. Mujeres olvidadas, encerradas en sus casas, esperando. Gritos. Alcohol. Ya no emiten partidos en abierto.

En la cola del paro, en hospitales atestados, en las calles, seres humanos sin esperanza miran el partido de fútbol en brillantes monitores.

# COSAS QUE NO QUIERES SABER

Tengo un rollo de cinta aislante en el bolsillo, pero no te lo diré. No quiero estropearte la cena con tu marido. Soy una buena canguro.

Todas las noches, puntual, llega el camión de la basura. Todas las noches, puntual, mi mujer se despierta y susurra una plegaria.

El salón está vacío excepto por un viejo televisor apagado. Uno de los niños sostiene un libro entre sus manos. Todavía no lo ha abierto.

Saltan las alarmas: posible fuga en la central nuclear. Desmentido. Han logrado reducir y encerrar en su interior a los contaminados.

Me dijo que, tras el accidente, los enfermeros de la ambulancia mojaban trozos de pan candeal en sus heridas abiertas.

Niños ciegos que parecen ver piden limosna entre la multitud. Adultos que parecen ciegos los evitan con habilidad.

¿Cerraste la puerta con llave?, dijo la mujer confundiéndome con su marido, ese cadáver reciente que yacía en la entrada.

Científicos crean el primer chip de memoria implantable. Empresas lo comercializan con dos años de garantía y soporte a un módico precio.

Millones de personas frente al televisor viendo programas del corazón. Los mensajes subliminales de obediencia ciega pasan desapercibidos.

Los mercaderes comerciaban con las almas de los niños no nacidos. En el orfanato siempre disponíamos de excelentes tasadores.

He fabricado un tablero de ajedrez con fragmentos de piel de dieciséis hombres. Adivina de qué están hechos esos irregulares peones.

En el hospital. En el cuarto, tumbado en la cama, solo. Hace frío. Al otro lado de la puerta oigo risas mal contenidas.

Tengo un enorme tigre de hojalata. No ruge. No muerde. No hace daño a nadie. Pero tú, acurrucada en un rincón del cuarto, no lo sabes.

Los expertos han catalogado un centenar de silencios distintos que un paciente que agoniza en un hospital puede llegar a escuchar.

De mudanza. Subimos a los camiones, nos amontonamos en la parte

de atrás. En una esquina alguien, quizá una mujer, llora.

La carne estaba fría. Pensé que lo más correcto sería quejarme, pero allí, en la nieve, rodeado de cadáveres, lo primero era lo primero.

Frío. Hombres y mujeres petrificados, convertidos en estatuas de hielo. Niños con punzones y martillos, modelando padres perfectos.

Hemos empapelado el cuarto de mi hija con un millar de fotos que le hicimos. Mi mujer cree que así volverá a casa. Pronto.

En las fotos las mujeres sonríen, ignoran las moscas que se posan en sus rostros, en sus ojos. Los hombres, serios, abrazan a los niños.

Sí, cariño, esto es un disfraz de conejo. Póntelo. No, cariño, no es para una fiesta de disfraces. ¿Has visto alguna vez un galgo?

El silencio. Sólo lo perturba el rumor de las máquinas, el gemido inaudible de los enfermos y, en ocasiones, una lágrima que cae al suelo.

A los cinco años supe con toda certeza qué día fallecería. Diez años después llegó el día: no lo dudé y me corté las venas.

Entonces, ¿no tiene cura?, pregunté, y colgué por tercera vez el teléfono antes de escuchar la inevitable respuesta.

Cuando cayó la bomba nos encerramos en el búnker del sótano. Tardamos tres días en advertir que habíamos olvidado en casa al bebé.

En mi jardín las flores se marchitan, aunque riego todos los días y una vez al mes, religiosamente, entierro un bebé bajo los rosales.

Negligencia médica, dijeron; un error. Pero yo recuerdo el escalpelo en su mano, el sudor en su frente, su sonrisa, su lengua, su mirada...

# DEL AMOR

Embotellamos el llanto de aquellas madres cuyos hijos les dicen un día te odio y lo vendemos como perfume para jóvenes solteras.

Le mostré el dedo amputado que guardaba en una caja de puros. Sonrió y me enseñó la oreja que llevaba en el bolso. Amor a primera vista.

Cuando la construyó sustituyó su corazón por una naranja. Ella vaga por los bosques en busca de alguien que la mutile y se lleve la mitad.

Cuando Laura lloraba, de sus ojos brotaban diamantes, esmeraldas, rubíes. Sí, señor juez, yo la pegaba día y noche, día y noche.

¿Oyes los latidos de mi corazón? Late por ti. Sólo te pido que cuando pare recojas la cuchilla y limpies lo mejor que puedas la bañera.

Él, artista maldito, pintaba cuadros que no lograba vender. Ella, ejecutiva agotada, era pálida como un lienzo en blanco. Añado un bisturí.

Me gusta contemplar la lluvia al anochecer, en particular la que brota de tus ojos cuando vuelvo borracho a casa.

A pesar del acolchado estábamos incómodos pero disfruté como nunca antes. Tú, claro, no dijiste nada cuando acabamos y salí del ataúd.

Madrugada. Vuelve borracho a casa. Abre la nevera y bebe leche del cartón, como siempre. Ella ha llenado el cartón de pequeñas arañas.

Pidió que le enterrasen con su tesoro, pero todo lo que poseía era el amor de su familia. Al principio estaban un poco apretados.

Ella me hablaba de malentendidos, de silencios, de ausencias, de miedos, de desesperanza, de soledad. Aunque me gritaba, yo no oía nada.

Descuelga el teléfono por las noches, con las luces de la casa apagadas, y escucha en silencio la línea muerta, muda desde que él se marchó.

Ella es ciega. Interpreta mi rostro a través de sus manos. Yo soy ciego. Interpreto su cuerpo gracias a mi perro lazarillo.

Guardo en el armario, en una caja negra, todas las cartas de amor que me escribiste antes de que decidieras casarte con otra.

Cartas de un maltratador: unos oros por unas copas, todos los palos

para la esposa: paliza con bastos, final trágico para ambos con espadas.

Primavera. Tu novio conoce a otra. Una docena de rosas en el suelo, pisoteadas. Llueve. Una niña pequeña no vuelve a casa esa noche.

El cocodrilo gigante atrapa entre sus mandíbulas al oso mutante y ya sé, por tu mirada alucinada, que debí alquilar una comedia romántica.

Esa noche su marido no vuelve a casa. Reza para que no le haya ocurrido nada. Tras seis meses desaparecido, reza para que esté muerto.

Decía que, al verme, sentía miles de mariposas revoloteando en su estómago. La autopsia no reveló nada anormal.

Ella era un personaje de videojuego en una consola de 8 bits. Yo un virus informático de propósito general. No llegamos ni al primer beso.

Me mostró el dos de corazones. Lo partió por la mitad y quiso marcharse, así sin más. Yo en el bolsillo escondía el as de espadas.

En el crucero me acosté con seis mujeres. No coincidí con ninguna en el bote salvavidas, lo que agradecí cuando se acabaron las provisiones.

No, no es un muñeco para practicar la acupuntura. Y sí, se parece mucho a ti, cariño. ¿Te encuentras hoy mejor?

Se amaban. Se casaron en secreto. Decidieron celebrar su luna de miel en España. La patera se hundió a dos kilómetros de la costa.

Dicen que existe una flor que, al contemplarla, te domina la locura y te conduce al suicidio. Feliz San Valentín, querida.

Cuando compré la tostadora, cariño, lo hice pensando en la nueva bañera que querías.

En la primera cita ella trajo pegamento de contacto y alambre de espino. Aunque estaba enganchado, la relación no duró más de tres meses.

Mi hijo nació con una extraña alergia a su madre, tan severa que incluso podía matarle. Ella le quiere tanto que nunca le ha visto.

Ella me amaba. Yo siempre pensé que nuestra relación transitaba por la cuerda floja. Quizá por ello dejé de frecuentar el circo.

Usted no es mi esposa, dije, pero ella me besó y me llevó al dormitorio y no paraba de hablar y a mí no me gusta discutir con desconocidos.

Colaboro con una ONG. He apadrinado un niño. Me lo repito cada vez que pego a mi mujer, cada vez que humillo a mis hijos.

Él era actor en películas pornográficas de bajo presupuesto. Ella era prostituta en un barrio acomodado. Su hijo era huérfano.

¿Por qué lloras, mamá?, quise que me preguntara mi pequeño, pero él ya nunca podría hacerlo.

En tiempos de crisis, los malos amantes prefieren invertir sus recursos humanos en escribir cartas de despido antes que cartas de amor.

Me gusta bailar desnudo en los parques al anochecer. A mi mujer le gusta llamar a la policía al amanecer. Eso es amor.

Hola, ¿qué tal? He venido a verte. Otra vez. Te he traído flores, como siempre. No, no te levantes, cariño. No quiero utilizar la estaca.

Ella se está duchando. Yo la observo en silencio. Cuando acaba, le acerco la toalla. Después me marcho, antes de que recuerde que vive sola.

Es por amor, pienso mientras aprieto los dientes y hundo el cuchillo una y otra vez. Exhausto, contemplo el corazón grabado en el árbol.

El hombre que comía cristales se enamoró de la mujer que tragaba

fuego. Tuvieron un hijo precioso, aunque muy frágil.

Cuando entró en el bar con su bastón blanco y acompañado de su perro lazarillo supe que aquella cita a ciegas no iba a funcionar.

# IMAGINARIO FANTÁSTICO

Mi mujer tenía la cabeza llena de pájaros. Cuando lloraba de sus ojos brotaban plumas, y por la boca en ocasiones escapaba un periquito.

Por favor, sírveme otro vaso de lágrimas, me dijo la plañidera, afónica, mientras velaba el cadáver de mi padre.

Vivimos en la oreja de un gigante. Es aburrido. Nuestra diversión se reduce a ocasionales visitas al museo de cera.

En México los muertos atiborran de caramelos a los niños de papel maché y luego los venden como piñatas para las fiestas.

Dieron a luz un bebé de madera. El niño creció sano y feliz, pero sus padres siempre le reprocharon su incapacidad para echar raíces.

Fabrica bebés de barro y los entrega por unas monedas. Yo grabo en su frente la palabra Emet y los vendo por cien veces su valor inicial.

Oh, sí, soy criador de cuervos, los cuido como si fueran mis hijos, me dijo el espantapájaros ciego.

Llueve. A menudo. Es uno de los inconvenientes de vivir a los pies de un gigante triste.

Cuando mi esposa llora, llueve. Como soy agricultor no paro de darle disgustos.

El hombre montaña permanece inmóvil durante siglos, dejando que la mujer río deslice sus afluentes por su espalda seductoramente.

Prefiero coleccionar hadas a mariposas. Cuando mis alfileres atraviesan sus cuerpos gritan y me maldicen durante semanas.

La ninfa es tan ligera que sus pies no dejan huella en la nieve. Esto, claro está, nada le importa al lobo que la atrapa entre sus fauces.

Jaulas abiertas. Hedor a gasolina. Los vehículos escapan del concesionario entre rugidos. A lomos de mi elefante huyo despavorido.

Los gigantes de arena confunden las lápidas de los marineros muertos con guijarros arrastrados por el mar.

Dicen que si abandonas un recién nacido en el bosque los duendes te entregan su peso en oro. Ayer nos compramos un coche nuevo.

Doy cuerda a mi hijo por las mañanas. Después, cuando vuelve del colegio, le quito la llave de la espalda. Pasa las noches en un baúl.

Nació petrificado. Su madre murió al dar a luz. Su padre le abandonó. Lo cuidamos por caridad. Creció. Ahora, adulto, adorna nuestro jardín.

Los autoestopistas florecen ocasionalmente a ambos lados de la carretera. Para su crecimiento se aconseja regarlos con gasolina sin plomo.

Robaba sueños. Lo que más le gustaba era robar los sueños de los enamorados, sobre todo cuando soñaban despiertos.

El caballo se detuvo. Busqué unas monedas, pero ya era tarde. Liberado del carrusel, galopaba hacia la ciudad con mi hija en la grupa.

Los hombres pájaro viven en la cabeza de los hombres árbol. Los hombres raíz odian a los hombres pájaro.

El hombre globo contempla con tristeza cómo un puñado de cadáveres rellenos de helio escapa de sus manos y se pierde entre las nubes.

Los audaces cazadores de mariposas montan sobre sus coleópteros y vuelan hacia la aventura y la gloria. Yo suelo aplastarlos con mis manos.

Los hombres pájaro poseen un canto prodigioso, que te llega al alma. Por eso los encerramos en jaulas frente a nuestras casas.

# DEL MAR Y OTRAS AGUAS

¡Neptuno nos devorará!, gritan los marineros más valientes mientras el resto abandona el barco, pero yo les ignoro y termino mi taza de té.

Los marineros que han muerto ahogados en alcohol se adhieren a las quillas de los yates de lujo que navegan por las costas de Ibiza.

Dale un pez a un hombre y comerá un día; dale un hombre a un pez y comerá un par de semanas. Por lo menos.

En los barcos abandonados viven los hijos olvidados de la relación prohibida entre marineros alcohólicos y voluptuosas sirenas.

Los pingüinos lloran contemplando el deshielo. Cuando desaparece Venecia bajo las aguas miles son sacrificados por voluntarios holandeses.

El barco pesquero, terminada la jornada, recogió las redes sociales. En ellas se hallaban atrapados centenares de internautas sin vida.

Se busca marinero sordo con amplia experiencia en alta mar para faenar en aguas infestadas de cardúmenes de sirenas.

En mi piscina habita el fantasma de un niño ahogado. Se acurruca en un rincón y con mirada triste me suplica que la llene.

No creas a aquellos que dicen que morir ahogado es placentero, me dijo el marinero, de pie en mi bañera.

¡Ballena a la vista!, gritaron los arponeros desde las barcas, pero volqué mi vaso de agua antes de que la alcanzaran.

En la balsa el náufrago mira a su mujer, a su amada, dormida profundamente. Una gota de saliva resbala de su boca abierta y cae al mar.

# ABERRACIONES

Era hermosa. Estaba desnuda. Hice una, dos, tres fotos. Yo no paraba de sudar. Sonreí. Después ajusté mis guantes y empecé la autopsia.

Hoy, en un parque, un niño me ha sonreído. Me he quedado con su sonrisa, me acompañará siempre. Espero que la madre entierre el cuerpo.

Por la mañana, al despertar, un café. Hirviendo. Sobre tu piel. Después aflojaré la mordaza. Después. Cuando dejes de gritar.

A ella le gusta caminar desnuda por la casa. Depende solo de ti imaginártela con la edad adecuada para que la frase te resulte desagradable.

Le enseñé las fotos de la niña que llevaba en mi teléfono móvil: sonriente, en el baño, jugando. Gritó al comprender que no eran de mi hija.

Ella disfruta comiendo ardillas asadas rellenas de castañas. Es la tradición, me dice. Yo me limito a rellenarlas y tratar de que no griten.

Tengo dos caras. Una la muestro a los amigos, a la familia, en el

trabajo. La otra está hecha de piel humana y sólo la uso en la intimidad.

En los rituales ella exige silencio absoluto. Por eso decidió amputar la lengua a los niños. Eso que nos ahorramos en cinta aislante.

Aceché durante días, pero me parecieron minutos. La torturé durante minutos, pero le parecieron días.

Conservo tu diario como un tesoro. Es lo único que me queda de ti. El resto no me dejaron traerlo a la celda, prefirieron enterrarlo.

Imagina: su boca, sus ojos, sus pechos, sus caderas, sus muslos, su sexo. Todo sobre una mesa. Desordenado.

Mira: una mujer joven, bella, desnuda, atada de pies y manos a la silla. No la conoces. ¿Por qué te sientes culpable?

Por las noches, cuando duermes, introduzco pequeñas arañas verdes en tus orejas y observo en silencio cómo te agitas en sueños

Después de que ella cayera por el acantilado, nos vimos obligados a amputarle las piernas. ¿O fue antes? Mi memoria ya no es lo que era.

Estaba tan borracho que lo dejamos allí, en el suelo, empapado en alcohol. Ahora mismo no recuerdo quién dijo lo de la cerilla.

Le he arrancado los brazos. Ha gritado. Le he dicho que me perdonara, que me diera un abrazo. No ha sonreído.

Le he arrancado las piernas. Me ha suplicado que le perdonara la vida. No lo ha hecho de rodillas, claro.

Le he arrancado los ojos. Mientras los masticaba, ha llorado. El sabor en la garganta ha sido perturbador.

Le he arrancado las orejas. No me ha escuchado cuando, tras el momento de furia inicial, he querido disculparme.

No sé, estoy desganado, esto ya no me divierte como antes, dije y mi víctima, ansiosa por terminar, suplicó un final rápido con su mirada.

Tranquila, si no estás preparada, lo entiendo. Yo tampoco tengo prisa por hacerlo. Y si prometes no gritar, te quito la mordaza.

Nací adherido al pecho de mi hermano. Compartíamos el corazón y los pulmones. Viví menos de seis días. No soportaba su mirada, su aliento.

Hemos encontrado una pierna ortopédica en el parque. Los niños han jugado con ella un rato; hasta que hemos visto el cuerpo en la hierba.

Cállate, maldita, grita la madre a la niña, cállate ya. ¿Cómo puede pretender después que no me la lleve, que no le haga daño, mucho daño?

Dos de tréboles. De la buena suerte. Cuatro de corazones. No, mejor seis. De niño pequeño. Es para un cocido, que estén blanditos. Gracias.

# SEIS PALABRAS

Mentí, cariño. No voy a morir.

Regresó. Los niños lloraron durante días.

Ahogué al ahorcado en el mar.

Deliciosos marineros para un mar hambriento.

Víctima: un grito. Asesino: un susurro.

# UN POCO DE HUMOR (NEGRO)

En Halloween la novia de Frankenstein le dio calabazas.

Le he echado el ojo a la enfermera rubia, me dijo el leproso mientras hacía sonar su campanilla.

Dos ojos, dos manos, dos pies, tres orejas… ¡Mamá! ¿Otra vez has estado revolviendo mis cadáveres? ¡Que ya los ordeno yo, hombre!

Al niño ciego le molestaba especialmente que su madre dijera delante de sus amigos que tenía pocas luces.

Nuevo caso de violencia doméstica durante el desayuno: marido con mala leche exprime de nuevo a su media naranja.

Dos niños cruzan la calle sin mirar. Un coche no frena a tiempo. Una madre grita desesperada. Seis payasos aplauden. Esto es el circo.

Marcas de agujas en sus brazos, en sus dedos. En los muslos. En las orejas. Y quiere que yo entre en ese mundo. Le encanta la acupuntura.

Las armas las carga el Diablo, dijo nuestro líder; le seguimos mientras el monstruo cornudo de piel roja como el fuego recogía la munición.

Imagina tú la historia, te doy las palabras clave: ella, joven, él, joven, ella, mayor, besos, caricias, desengaños, una motosierra.

El vaso estaba medio lleno. Optimismo, dirían algunos. Yo, que antes de beber había vertido el veneno, no lo tenía tan claro.

Sobre el puente. Sonreímos. Notamos la seguridad de la cuerda de escalada sobre nuestra piel. Lástima que esté enrollada en nuestro cuello.

Mi padre guardaba la pistola en el armario, en una pequeña caja metálica que se abría con esta brillante llave ensangrentada.

Tengo hambre, dijo el demonio, y nosotros, amontonados en su estómago, lloramos desconsolados ante la perspectiva del desalojo.

Constructor de puentes ofrece fabricación de modelo específico para suicidas a buen precio. Interesantes descuentos para grupos.

Te doy un euro por tus pensamientos, me dio... me dijo... Oh, vaya, no logro acordarme.

Tras la enésima discusión, ella perdió la cabeza y huyo. Todos los lunes su cuerpo visita la oficina de objetos perdidos.

Un bosque en llamas. Una plataforma metálica de medio kilómetro de diámetro sobre los árboles calcinados. ¿Quién quiere paella?

Nunca admitió una crítica. Siempre tenía la última palabra. Por eso, en el funeral, todos ensalzamos sus bondades. Por si acaso.

El panadero, tras el derrumbe, quedó atrapado tras una muralla de rebanadas de pan de molde. Murió emparedado.

A veces el odio le cegaba. En esos momentos daba gracias a su perro lazarillo por permitirle disfrutar de su justa venganza.

Dejó de pagar las facturas de la luz y le condenaron a morir en la silla eléctrica. Se ahorcó en su celda como protesta.

Todo héroe que se precie necesita su heroína, le dijo el vendedor, y el caballero tomó entre sus manos temblorosas la pequeña bolsa.

La prótesis no encaja del todo bien en mi muñeca, pero no podía quejarme, al fin y al cabo era de segunda mano.

Me temo que su esposa ha perdido un tornillo, le dijo el reo al policía momentos antes de fugarse.

Cuando la luna llena brillaba en la noche, el lobo se transformaba en abuelita y se internaba voluntariamente en una residencia de ancianos.

¡Primero las mujeres y los niños!, gritó el capitán, y los tiburones exhibieron sus mejores sonrisas mientras esperaban.

Âukehga era el elegido y acompañado de sus amigos disfuncionales derrotó al Mal. ¿De verdad necesitáis las 500.000 palabras restantes?

Mientras el perro corría tras el palo que le lanzábamos, el hombre nos increpaba y trataba de golpearnos con su bastón blanco.

Lo siento, la seta es venenosa, dijo el constructor, y las pequeñas excavadoras la derribaron entre llantos y quejas de los gnomos.

No creo que necesite conocer el diagnóstico, le dije al doctor con voz ahogada, ahora que sé que es usted médico forense.

La hija llora. La madre llora. El padre, con el cuchillo en la mano, también llora, pero ríe cuando hunde de nuevo la hoja en la cebolla.

Hombre, sí, son paralelas, y todas las líneas muy rectas, pero me temo que eso no es una buena noticia, me dijo el

electroencefalografista.

Pedí un vaso, luego una copa. Después otra. Luego pedí una botella. El cristalero me miró raro cuando sonreí como un tonto y caí al suelo.

Cultivamos hombres. El sol y el riego esporádico los vuelve indolentes. Los vendemos a diferentes países como gobernantes ideales.

¿Qué es lo más valioso que tienes? Tu sonrisa. ¿Qué es lo más valioso que tengo? Mi sierra. Y yo no voy a perderla.

Doce personas cayeron al interior de la máquina y acabaron triturados. Nos quejamos porque no quedaba mostaza para las hamburguesas.

# DIBUJOS ANIMADOS

Mirad, la pitufita. En la aldea, rodeada de un centenar de pitufos. Ella sonríe. ¿Qué puede ocurrir? Al fin y al cabo, esto es para niños.

De maestro espiritual y practicante avanzado de yoga a vulgar ladrón. Detienen en Yellowstone por robar cestitas al gurú Osho Yogui.

Lo siento, le dice el doctor a la madre de Caillou, es lo que se temía. Después la abuela contará sus divertidas historias a niños sanos.

Pajaroto sigue dormido, Pato está bailando. Pocoyo bebe otro trago. Está borracho. Por eso no le sorprende ver al elefante rosa volando.

Los niños encuentran los restos de Dora junto al árbol. Los zorros la han devorado. Alguien le ha robado la mochila y el mapa.

# EN EL CAMPOSANTO

Así es, aquí quiero grabar mi nombre, y aquí mi fecha de nacimiento, dijo el abuelo, y antes de que pudiera abrazarle volvió a su ataúd.

¿Con mis padres? ¡Ni loca!, dije, y me levanté y me marché. Mi hijo, en la puerta del mausoleo, se vio obligado a suspender el entierro.

Quiso cambiar su epitafio pero sus dedos, temblorosos y corrompidos por el paso de los años, no le permitieron abrir el sepulcro.

No, lo siento. Nosotros le proporcionamos la ubicación, la música, las flores; incluso los asistentes. Los abrazos no están incluidos.

El silencio. La calma. La tranquilidad. La relajante oscuridad. Dejar atrás el estrés. Descansar. Todo eso y más aquí dentro, en mi ataúd.

Mi madre escogió las flores. Mi padre, el fotógrafo. Mi marido, el coche. Menos mal que yo había dejado por escrito el modelo de ataúd.

Una sonrisa, un beso, una flor, un olvido, un abrazo, un ayer, una mirada, una despedida y una ausencia descansan junto a ella en su

ataúd.

De acuerdo, es verano, hace calor, se ha roto el aire acondicionado y estamos todos nerviosos, pero digo yo que podrías cerrar el ataúd.

Uno de mis clientes más recientes vino a verme para quejarse del trato recibido. No le escuché. Me limité a enterrarle de nuevo.

La huelga de enterradores no trajo demasiadas consecuencias. Continuaron las resurrecciones incontroladas y los focos de infección.

Hotel económico para ejecutivos modernos: nichos reconvertidos en el ala oeste del cementerio municipal. Aire acondicionado no incluido.

En los cementerios de los pueblos abandonados yacen los únicos que recuerdan con cariño las calles, las plazas, las gentes.

Le he comprado un perro a mi hija. Todas las mañanas me lo llevo al cementerio para que escarbe en su tumba mientras yo cambio las flores.

Hijo, algún día todo esto será tuyo, le dije al niño y le mostré el interior de la tumba. Inesperadamente se echó a llorar.

Oh, si yo respeto las vacaciones, es solo que creo que tendríamos

que buscar un sustituto temporal para el enterrador. Por el olor, ya sabe.

En la tumba de la Madonna plantamos semillas de un árbol. Sus frutos toman la forma de bebés perdidos, pero poseen un excelente sabor.

El día de mi cumpleaños me trajo un ramo de rosas y lo dejó junto a mi lápida. Quise abrazarle, pero dos metros de tierra me contuvieron.

Dicen que este castillo es morada de fantasmas. Mienten. Nosotros preferimos vagar entre las lápidas de su cementerio.

Sea breve, por favor, interrumpió la mujer y el cura huyó despavorido mientras los enterradores cuchicheaban frente al ataúd.

En el cementerio de mi ciudad entierran libros en ataúdes de cristal. No te quiero contar cómo queda el abuelo en la estantería del salón.

Se despertaban el día de Todos los Santos y lloraban y gemían y arañaban el ataúd, pero sus familiares no podían oírlos.

Ella espera sentada junto a la verja del cementerio a que su mamá decida volver para darle el beso que, egoísta, le negó esa mañana.

# ZOMBITES

Lázaro se levantó, miró a su alrededor. Después se lanzó sobre el Hijo de Dios y le mordió en un brazo. La invasión zombi había comenzado.

Hoy los hijos de Lázaro, los no muertos, se alzan de sus tumbas para satisfacer su hambre eterna. Incluso los vegetarianos.

Cerrad puertas y ventanas, las calles pertenecen a los muertos. Mira, cariño, ¿no es esa tu madre? Pues te aseguro que hoy no entra.

Los padres redivivos llevan a sus hijos zombis al colegio Brains. Todos se quedan al comedor, claro.

No les llames zombis. Prefieren el término no muerto, o revenido. Mejor incluso, no les llames.

En España los zombis siguen mayoritariamente la dieta mediterránea. Será por el clima.

¿Qué le dice un zombi a otro? No te comas la cabeza, no merece la pena.

Cerebros, dicen los zombis con sus gemidos, queremos cerebros. Tengo la triste sensación de que, si eso es lo que quieren, yo estoy a salvo.

Los niños y las mujeres primero. A mí dejadme pasar, dejadme, id a por ellos, que son más débiles, más sabrosos.

El primer mordisco siempre es el más difícil. Para algunos llega incluso a resultar traumático. Al final todos acaban cogiéndole el gusto.

Los enterradores están en huelga. Piden subida de salario para compensar que deben realizar su trabajo al menos dos veces.

¡Necesitamos ganar tiempo!, dijo mi suegra, así que abrimos la puerta, ignoramos sus gritos y la lanzamos a la jauría gris.

Si me vais a morder, hacedlo ya. Pero por favor, respetad el turno. Y mis genitales.

Los zombis entraron en la oficina y se abalanzaron sobre las sillas. Después se sentaron y continuaron con el trabajo atrasado.

Cuando mi hijo adolescente se convirtió en zombi lo encerramos en su cuarto y dejamos que hiciera lo que quisiera. No notamos la diferencia.

Llaman a la puerta. Gritos. Esperan que les abra, claro. Todos los vendedores son iguales, vivos o muertos.

Los zombis no frecuentan los cementerios. Prefieren los centros comerciales. Vamos, como quedarse en casa un fin de semana con los niños.

Hoy he visto entre la muchedumbre resucitada a un famoso corredor de cien metros libres. Andaba como los demás, sin prisas pero con hambre.

Oh, vamos, si es sólo un arañazo, ni siquiera cerró la mandíbula. Deja el lanzallamas a un lado y lo hablamos.

Dicen que los zombis no saben nadar. Es cierto. Desde mi barca los veo caminando bajo el agua del lago, de camino a la gran ciudad.

Atrapamos a uno, lo atamos con cuerdas y lo encerramos. Para investigar, dijo el doctor. Yo cobro un euro a los que quieran verlo.

Ah, cómo disfrutamos los asesinos en masa rodeados de zombis. Qué lástima me dan los violadores.

¿Y si no es uno de ellos?, me preguntó el anciano, pero yo ya había disparado seis veces contra la niña.

Mi madre, al verme, vino hacia mí y quiso abrazarme. No la dejé.

Le disparé a la cabeza dos veces, para asegurarme. Malditos zombis.

Cuando los zombis atraparon a mi novia corrí durante horas sin mirar atrás. Lo cierto es que ya estábamos pensando en dejarlo.

Chico conoce chica. Chica conoce cadáver en descomposición. Cadáver resucita. Chica rompe con chico. Cadáver rompe chico.

Dicen que han visto a zombis corriendo, incluso conduciendo diferentes vehículos. Como si supusiera alguna diferencia.

Descubrimos asombrados que los zombis no mordían a los leprosos. Un nuevo futuro se abría ante nuestros ojos.

Una multitud incontrolada de zombis hambrientos. Una pistola con una sola bala. ¿Me dará tiempo a una partida rápida de ruleta rusa?

Soy cazador. Para mí la presencia de zombis en los campos ha sido una fuente de diversión. Hasta que se llevaron a mi hija.

En la radio oímos voces de otras ciudades. Voces muertas de resucitados que mordían los micrófonos y aullaban su hambre.

En la cabeza, dales en la cabeza, me dicen todos, y después me abandonan en mitad de la calle como a un perro.

Una docena de niños resucitados juega en el parque. Suben al tobogán, se empujan, se muerden, se caen. Y no dicen una palabra.

Dominados por su hambre, un centenar de zombis entró en la biblioteca. Un error. Allí nunca hubo seres vivos.

Hoy he contado ciento siete de esas cosas acechando bajo mi ventana. El frigorífico está vacío. Supongo que tendré que bajar.

Mi marido tropezó, cayó al suelo frente a los zombis. Me detuve un instante para pisar sus gafas y asegurarme, después continué la carrera.

Oh, ¿no dices nada? ¿Acaso te ha comido la lengua el zombi?

¿Qué es lo que sostiene entre las manos tu suegra? ¿Intestinos? Vale, vale, ya me callo, diviértete con la escopeta.

Cariño, me vas a perdonar, pero dijimos juntos hasta que la muerte nos separe. Y aunque puedas andar, cariño, sabes que estás muerta.

Dicen que han visto zombis vegetarianos, desmembrando lechugas, mutilando zanahorias, cubiertos de salsa de tomate.

Le faltaba un ojo, medio brazo, una pierna. Pero era mi novio, y estaba deseando besarme. ¿Cómo podía negarme a abrirle la puerta?

Odio el ruido que hace el abuelo cuando come sopa. Y no te digo ya cuando trata de masticar carne humana con sus encías. Malditos zombis.

La tía Emilia, el Justino, la prima Hipólita, dice tu abuela, señalando a los resucitados apiñados junto a la ventana. Buena memoria tiene.

Ciudades abandonadas. Urbanizaciones desoladas. Estaciones de tren vacías. Corrupción inmobiliaria. Y zombis.

Dicen que las primeras víctimas de los zombis son siempre personas que escribían diarios. Lo comprendo.

Lo sé, debería escribir más, dijo el autor antes de que el zombi le arrancara media tráquea de un mordisco.

Imagino que el lector espera un final. No se preocupe. Hoy mismo, quizá mañana, llegue. Le recomiendo que después no se levante.

# MITOS Y LEYENDAS

Caronte navega sobre aguas embravecidas, donde hombres y mujeres luchan por ahogarse y no ser llevados a tierra.

Pegamento de contacto. Un centenar de palomas. Una pasión: Ícaro. Una ventana abierta. Un hijo inocente, de los que creen en sus padres.

Esta mañana las playas de la costa de levante han amanecido repletas de medusas. Y de estatuas.

Mil y una noches narrando historias. Mil y una noches escuchando excusas. Hablaría de ello, pero está en manos de mis abogados.

Lleva años pescando sirenas pero cuando alguien le pregunta por su secreto se hace el sordo.

Al pasar la barca, me dijo el barquero, las niñas bonitas, no pagan dinero. Desde entonces vago por la orilla esperando que vuelva Caronte.

Para cruzar el río me pidió una moneda, pero yo solo llevaba encima las tarjetas. Una docena de ejecutivos estamos construyendo una barca.

La punta del hilo en una mano. La espada en la otra, bajo la capa roja que Teseo cree que le hará invisible. A Ariadna le gustan las bromas.

Vaya, he olvidado las tijeras, susurró la Parca, y el anciano agonizante maldijo en dos lenguas muertas.

Hace años decían que en los bosques vivían hombres que se alimentaban de las lenguas de los demás. Hoy ya nadie dice nada.

Dentro del laberinto el Minotauro espera, oculto tras una enorme bola dorada, la llegada de los cuatro fantasmas de colores para devorarlos.

Ulises llora mientras contempla con pavor la sirena, pero el agente de policía lo ignora, le coloca las esposas y lo mete en el coche.

Me enamoré de un centauro. Por su candidez, por su halo mágico, por su cariño, por su bondad. Eso por la parte de hombre, claro.

Los grupos ecologistas nos recriminan la caza indiscriminada de sirenas. Nosotros hacemos oídos sordos. Como con ellas.

Espejito en la pared, dime una cosa, ¿quién es de este país la más hermosa?, quiso preguntar y no pudo la petrificada Medusa.

¿Qué tenemos de cena?, preguntó Saturnino al volver a casa, y sus hijos corrieron despavoridos a sus habitaciones.

Se masca la tragedia, dijo Zeus, y escupió los restos de Esquilo sobre el coro en el segundo acto.

Los tentáculos del Kraken abrazaron la embarcación y quebraron el casco, pero nada perturbó el silencio en el interior de la botella.

# CANÍBALES Y REYES

—No hablo tu lengua —me dijo el rey caníbal mientras me arrastraban hacia el caldero—, solo la mastico.

—No soporto que me mire de esa manera —dice el cocinero mientras el cuerpo del niño que yace sobre la bandeja con una manzana en la boca.

El joven caníbal le pide al rey de la tribu la mano de su hija. Durante el convite la princesa se niega a probar el segundo plato.

—¡Estoy enfermo! ¡Muy contagioso! —gritó el misionero, pero los caníbales, que no soportan los gritos, saben cómo cortar por lo sano.

Caníbales comedidos abren clínica de medicina estética. Especialidad: liposucción. Con cada tratamiento, invitación a una cena.

Los caníbales, ávidos lectores, devoran los libros encuadernados en piel humana.

Yo soy vegetariano, ella se alimentaba de carne humana. Salimos un par de veces, pero la cosa no funcionó. Nunca me devolvió el meñique.

Los caníbales, cuando tienen preocupaciones, no dudan en comerse la cabeza.

Los asesinos conocen nuestra fecha de caducidad, los caníbales nuestra fecha de consumo preferente.

# PERTURBACIONES

Él era un paranoico. Él. No, tú no, él. De verdad que hablo de él. En serio, que no estaba pensando en ti. En él. Estaba pensando en él.

Un puñado de alfileres, medio bote de tabasco, brasas de la chimenea, dos cables pelados, hielo, *wasabi*. En el cerebro. Lo llaman migraña.

Él no paraba de gritar y gritar y gritar y yo, Dios mío, yo no podía taparme los oídos porque mis manos sostenían los utensilios de tortura.

El hombre, empapado de gasolina, me preguntó si tenía fuego, pero yo no llevaba mechero y en el restaurante está prohibido fumar.

Ese se cree Napoleón Bonaparte, me dice el doctor, y yo asiento y sonrío mientras preparo la invasión del Imperio Ruso.

Estás loco, me dijo, no saldré a la calle vestida así. Comprendí que tenía razón y la encerré de nuevo en su celda acolchada.

Volcamos todos los recuerdos de papá a un disco duro extraíble. Transferencia completa, dijo el ordenador. Alzheimer, dijo el médico.

De pequeño le arrancaba las alas a las moscas. En la adolescencia su pasión eran las alas de los gorriones. Ahora es piloto comercial.

El hombre contempla el cadáver del ciervo; yace junto al río. Decide tumbarse a su lado, cerrar los ojos y esperar la llegada del cazador.

Tras la lucha lograron apoderarse de la astronave. Fue al tratar de despegar y volver a Venus cuando recordaron que estaban en un manicomio.

Susurraba al oído a los caballos. A los perros. A los gatos. A las mujeres. A sus compañeros. A su jefe. A la lavadora. Al espejo.

El día que le diagnosticaron la demencia senil le compró a su nieto una pistola de juguete. De juguete. De juguete.

Anoche tuve un sueño terrible: soñé que descuartizaba con mis manos a mi mujer, a mis hijas. Esta mañana he descubierto que soy sonámbulo.

Mi mujer sonríe. Yo le cojo la mano, miro a los niños, a los tres. La pequeña dice que quiere volver con su papá. Lo ha vuelto a estropear.

Tras el accidente quedó como un vegetal. Sus familiares le

mantuvieron varios años con vida regándolo con sus lágrimas.

Soy un héroe. Llevo capa y antifaz. Lucho contra los villanos que me atiborran de pastillas y me encierran en este cuarto acolchado.

Tengo un amigo imaginario. No hablo con él. Prefiero escucharle cuando grita, cuando llora, cuando suplica que le olvide y le deje marchar.

Tras atropellarla, conmocionado, la subí en mi coche. Entonces me fijé en su falda, demasiado corta, y paré a mitad de camino del hospital.

Él nos decía que era un imán para las chicas. Quizá por eso cuando le abandonaban nos recordaba su trastorno afectivo bipolar.

De pronto supo con certeza que podía volar. Saltó por la ventana de un octavo piso. De pronto recordó que era un mentiroso compulsivo.

# REFLEXIONES

La felicidad, si la pierdes, nunca la buscas de nuevo. Los que la encuentran, sin embargo, están deseando compartirla.

Si cuando lloras tus lágrimas son de color verde quiere decir que has perdido la esperanza.

No quiero nada tuyo, quédatelo todo, me dijo cuando me abandonó. Nunca lo supo, pero entre sus lágrimas se llevó mi corazón.

Los niños maltratados buscan refugio bajo las ramas de los sauces llorones.

Trabajaba en un salón de belleza. Así aprendió a maquillar la tristeza de su vida.

Arquitecto. Hablo a la perfección seiscientos sesenta y seis idiomas. Busco patrocinador para construcción de nueva Torre de Babel.

Soñé que era una mariposa. Un niño le arrancó las alas, la pisoteó. Desperté empapado en sangre.

Una mujer desnuda, inconsciente, en el bosque, rodeada de un

centenar de árboles. ¿Quién oirá sus gritos cuando el primer árbol caiga?

Yo soy llave y tú cerradura, pero desde que te regalé ese juego de ganzúas me has dejado abandonado en el llavero.

# FUTURE NEWS

El gobierno chino, en su lucha contra la inmigración masiva de los últimos años, decide cerrar todos los restaurantes españoles.

Tropas chinas invaden Grecia. Alemania invita a sus líderes a asumir la deuda pendiente.

El Dalai Lama se reencarna en un clon destinado a proporcionar órganos a la nueva reina del pop. El Papa reclama firmeza.

Empresa alemana ofrece trabajo a jubilados españoles como parte de la red cerebral mundial. No es imprescindible cuerpo humano.

Crean el mayor parque acuático natural en las aguas de Venecia. Posibilidad de visitar la ciudad sumergida.

Nave nodriza desaloja un millón de extraterrestres sanguinarios sobre Madrid. Disminuye el paro en la capital.

La contaminación alcanza niveles preocupantes. El gobierno aumenta los impuestos por consumo excesivo de oxígeno.

Dispara a un hombre en el rostro para evitar que encienda un

cigarrillo. Juez dictamina defensa propia.

Entidad autoconsciente se niega a tramitar el despido de un empleado. Responsable humano la desconecta conscientemente.

Hombre se ahoga en su bañera. Familia condenada a seis años por no estar al día en el pago a la empresa suministradora de agua.

Grecia privatiza los pulmones y el bazo de todos sus habitantes. Europa muestra su conformidad pero anuncia nuevos recortes.

Famoso cazador chino abate en la Reserva de España al último toro de lidia. Sus dos orejas son reclamadas por varios museos.

Empresas farmacéuticas de la India adquiere los derechos del Tour de Francia. Etapa reina en el Himalaya.

Empresa genética devuelve a la vida a los dinosaurios. Empresa petrolera estudia cómo convertirlos en fósiles.

iBrain. El control absoluto sobre la mente que tú elijas. Especialmente recomendado para madres y enamorados no correspondidos.

Primer Hospital Inteligente. Deduce, previamente a su admisión, si el cliente puede pagar el tratamiento de su enfermedad.

Las editoriales confirman que en los últimos treinta años no han reeditado un solo libro publicado en el siglo XX.

Los alumnos de Filología trabajarán con resúmenes de las obras sintetizados en ciento cuarenta caracteres. Solo para iStudy.

Detenidos cuatro profesores que pretendían explicar conceptos complejos a sus alumnos usando más de siete palabras consecutivas.

Ante la crisis económica de Grecia, Europa acuerda que sus selecciones de fútbol y baloncesto ganen la Eurocopa.

# VAMOS AL PARQUE

Vamos al parque. Con los niños. Nos han ofrecido un buen precio.

Vamos al parque. Con los niños. Los otros están esperando, en silencio. Con los cubos. Con las palas. No vemos más padres.

Vamos al parque. Con los niños. Otros padres nos preceden, otros nos siguen. Todos con los niños de la mano, todos al parque. En silencio.

Vamos al parque. Con los niños. Medio centenar de abuelos espera junto al tobogán. Sonríen. Nos invitan a entrar. Huimos.

Vamos al parque. Con los niños. Vemos a un hombre desnudo, famélico, sentado en el arenero, mirando al mar. No vemos ningún barco.

Vamos al parque. Con los niños. Ya ha anochecido. Preparamos el cebo: la niña llora. Esperamos.

Vamos al parque. Con los niños. Damos vueltas y vueltas y más vueltas, pero no lo encontramos. Desesperados, entramos en una juguetería.

Vamos al parque. Con los niños. No hay nadie. Junto a los columpios han abierto una fosa común. Esperamos.

Vamos al parque. Con los niños. Llevamos la regadera, el agua. Ellos sonríen cuando los plantamos. En un mes brotarán otros nuevos.

Vamos al parque. Con los niños. Ellos llevan las palas. Nosotros llevamos el cuerpo.

Vamos al parque. Con los niños. Nos dejan allí, con los otros padres. Jugamos al dominó, tomamos las pastillas. Los niños nunca vuelven.

Vamos al parque. Con los niños. En el vagón hace calor. Los niños miran por la ventana. Mi mujer duerme. Yo me pregunto cuándo llegaremos.

Vamos al parque. Con los niños. Llueve. Sobre la arena, junto a los cubos y las palas, vemos un centenar de paraguas abandonados.

Vamos al parque. Sin los niños. Allí escogemos los que más nos gustan (tristes, rollizos) y nos los llevamos a casa.

Vamos al parque. Vienen los niños. Nos parapetamos tras el tobogán. Otros padres luchan ferozmente por el arenero. Gritamos.

Vamos al parque. Con los niños. Una anciana nos cobra un euro por la entrada. En un banco dos vagabundos representan Hamlet. Aplaudimos.

No vamos al parque. Los niños vienen a casa. Instalamos un columpio en la terraza. Después un tobogán. Los vemos caer en silencio.

Han cerrado el parque. Para siempre. No nos importaría si no nos hubieran olvidado dentro. Esperaremos. Somos pacientes.

# QUE DIOS ME PERDONE

Ella era virgen, él era un santo. Le echaron la culpa de todo al pájaro del quinto. Al final cargó con el muerto el carpintero.

Cuando nadie, ni ángeles ni hombres, quieren hacerse cargo de los trabajos de mantenimiento, Dios abre las Puertas del Cielo a los ateos.

He bebido demasiado vino. Estoy borracho. La culpa es de los niños, de todos esos niños sonrientes con sus trajes de marinerito.

Ocho angelitos guardan mi cama, cuatro de ellos no tienen alas. ¿Más salsa barbacoa?

La niña saltaba en la cama elástica cada vez más alto. Los ángeles le tendían las manos, aunque sabían que había pecado y estaba condenada.

Eva mordió la manzana, sonrió y se desmayó. Por lo que ocurrió después los siete enanitos fueron desterrados del Paraíso.

Sonríes, extiendes tus alas y huyes volando de allí. Ella ni siquiera te ha mirado, no se ha atrevido. Te preguntas qué le dirá a su marido.

Sí, es cierto, papá, aunque no puedas oírme, es cierto: las niñas buenas van al Cielo. Pero como bien sabes, van cuando mueren.

Guardo mi alma en un cajón del armario, lo suficientemente alto para que los querubines que la rondan no puedan encontrarla.

Lo ahorcamos. Esperamos tres días. Lo enterramos. Esperamos tres días. Al final, desesperados, volvimos a crucificarlo.

Vendo ataúd, buen estado, poco uso, por resurrección inesperada. Preguntar por Lázaro, cualquier hora.

El noveno día del noveno mes del noveno año... ¡todos moriréis!, dijo el sacerdote. Después inició la venta ritual de calendarios.

Accidente de avión. Ciento veinte muertos, un superviviente. Dice llamarse Gabriel. Tiene alas. Apareció incrustado en la cabina del piloto.

Bernadette, resucitada, no deja de llorar. Los de la planta embotelladora se frotan las manos pensando en los peregrinos de Lourdes.

Apertura del primer zoo laico. Animales bien cuidados y bien alimentados. En la misma celda reunimos a tigres, leones y cristianos.

Cuando Jesús vuelve a la vida no ve a nadie a su lado. Comprende entonces que Judas ha debido resucitar algunas horas antes.

Me pide un puñado de clavos largos, un mazo. Tras él se ha formado una cola de penitentes. Hice bien en abrir la ferretería en Semana Santa.

Dejad que los niños se acerquen a mí, dijo. Dos soldados romanos lo detuvieron. En su casa encontraron pruebas incriminatorias.

En el último momento Pilatos cambió de opinión y lo incineraron, arruinando la posible resurrección y condenándolo al olvido.

Cristo resucita el Domingo de Resurrección. Huye, pero siempre le atrapamos. Después, ceremoniosamente, le enterramos hasta el próximo año.

El día que Dios murió, degollado por una docena de sus ángeles favoritos, amaneció nublado, así que cancelamos la visita al zoo.

A los tres días, contra todo pronóstico, no resucitó. A pesar de ello siguieron con el plan y le clavaron una estaca en el corazón.

Uno de vosotros me traicionará, dijo Judas cerrando los ojos, y Jesús le guiñó un ojo a Pedro mientras preparaba el puñado de monedas.

Dicen que la lluvia es el llanto de los ángeles. Por la que está cayendo la tragedia ha tenido que ser buena.

Llovía, y con la lluvia caían desde el cielo centenares de querubines. En las calles jóvenes aspirantes a madres tendían sus brazos.

Mi ángel de la guarda pesa doscientos kilos y pasa las noches roncando en una esquina de mi dormitorio. Eso me pasa por ser presbiteriano.

Todos los teléfonos del mundo sonaron a la vez. Los que descolgaron el auricular escucharon un mensaje publicitario pregrabado por Dios.

# NUESTROS MAYORES

Ella le contaba un cuento todas las noches. Él escuchaba en silencio y memorizaba cada palabra para contárselo cuando ella no lo recordara.

Me ofrezco como cuidadora de ancianos para hijos ambiciosos que no pueden esperar. Parecerá un accidente. Descuentos para residencias.

Sentado en el banco el anciano observa cómo los ángeles recogen las migas de pan y ascienden al cielo con ellas en las manos.

Y esta noche vendrá el Ratón Pérez, así que prepárese, le dijo la monja a la anciana antes de cerrar la puerta del cuarto.

El hombre gritaba y gritaba y gritaba y la mujer le decía que esperara un poco, que le dejara tiempo para subir el volumen de su audífono.

Ella no me recuerda. Yo paso los días escuchando las mismas palabras, ayudándola cuando me lo permite. Yo no puedo olvidarla.

En el jardín de la residencia enterramos a los ancianos que fallecen. A veces vienen sus familiares a reclamarlos. Les regalamos una flor.

La funeraria le ofreció un 50% de descuento, válido solo durante ese fin de semana. Por eso aumentó la dosis de morfina del abuelo.

Minutos antes de morir nos dijo por enésima vez que aquello era un simple resfriado. Nuestros abogados nos dijeron que le creyésemos.

Congregados alrededor del parque infantil, los ancianos sonreían y salivaban con cada salto, con cada caída, con cada grito de felicidad.

Ven a mis brazos, decía mi abuela, pero los cerraba antes de que yo llegara, abrazando al otro nieto, ese que nunca tuvo.

Sentado en el banco, observa a las palomas mordisquear el cadáver del anciano. Incómodo, se guarda el pan en el bolsillo y se marcha a casa.

Comienza la primavera. Plantar una flor, ayudarla a crecer, retirar de su lado las malas hierbas... y después te meten en una residencia.

Le enseñaron a pedir perdón a los dos años, se disculpó por primera vez a los noventa y siete. Por entonces tenía alzheimer.

Nos mudamos a las alcantarillas. Como la humedad no era buena para la abuela la internamos en una residencia.

Otoño. El árbol sin hojas que muere frente a mi ventana me recuerda a mi abuelo. Encorvado, delgado, esperando días mejores.

El abuelo no recuerda mi nombre. Ni el suyo. Cuando le visito siempre me sonríe y me deja entrar. Me pregunto si le recordaré a su nieto.

En el otoño de su vida a mi abuela Margarita, que nunca había echado raíces, la ingresamos en una residencia y se convirtió en un vegetal.

El niño insistió tanto que al final cedimos, entramos en la tienda de antigüedades y le compramos un par de abuelos nuevos.

Los ancianos moribundos confunden el llanto de la niña muerta que les visita con las risas enlatadas de las comedias televisivas.

¡Felicidades!, gritan, y ella trata de apagar las velas, pero no lo consigue. Ella se siente muy pequeña. En realidad es demasiado mayor.

Fabricaba rompecabezas incompletos. Los vendía de puerta en puerta, en centros de día y residencias.

Los devoradores de ancianos se ocultan en los intersticios de sus cuerpos, expectantes ante su cercano fallecimiento.

Un anciano abandonado en un banco del parque llora desconsoladamente. Las palomas congregadas a sus pies beben sus lágrimas con avidez.

Mi madre bebe todos los días para olvidar que su madre olvida todos los días beber. Y comer. Y llorar. Mi madre sí llora. Todos los días.

Tras el accidente quedó como un vegetal. Sus familiares le mantuvieron varios años con vida regándolo con sus lágrimas.

Otoño. Los ancianos pierden la memoria entre la maraña de hojas caídas. Ni sus hijos ni sus nietos se molestan en buscarla.

¡Dios, veo la luz al final del túnel!, gritó la anciana pero el maquinista no le vio a tiempo y el tren se la llevó por delante.

La niña tiene una rabieta. Llora, grita, patalea. Incapaz de controlarla, la enfermera se lleva de vuelta a sus padres a la residencia.

Con el tiempo mi padre se convirtió en aquello que yo más odiaba de niño. Exactamente, lo que estás pensando: en un vegetal.

Nos llevamos al abuelo a una residencia, dice los padres y los niños asienten, se miran, sonríen.

Mamá dice que al abuelo le gusta dormirse con el susurro de la máquina de respiración asistida. Yo creo que dormiría mejor si la apagáramos.

Tardo un rato en advertir, desde el otro lado de la valla, que los ancianos sentados en el parque están atados con cadenas a los bancos.

Sí, abuelo, llora y pide disculpas y justifícate aludiendo a tu edad, a tus achaques. Llámalo demencia senil, para mí sigue siendo incesto.

Cuido ancianos con alzheimer. Todas las mañanas les cuento el mismo chiste.

¿Cariño? No la encuentro. ¿Has cogido tú la urna donde guardo las cenizas de la abuela? La dejé junto al bote de Cola Cao.

# ZODÍACO

Aries. Eres un explorador nato. Y a los exploradores se los comen los caníbales a fuego lento. Como a los carneros. Por impulsivos.

Tauro. Eres un artista. Libera tu arte. Hunde objetos afilados en tu espalda y corretea por el salón mientras te desangras. Eso es arte.

Géminis. Es el momento de buscar el verdadero amor. Deja atrás los lazos que te unen a tu hermano. Utiliza ese cuchillo si es necesario.

Cáncer. Es tu semana. Aprovecha la oportunidad. Ve a la playa. Juega con los cangrejos. Disfruta de la vida. Olvida el diagnóstico.

Leo. Te sorprenderán. Verás trapecistas, acróbatas, malabaristas. Y tú estarás en el interior de la jaula de los leones, desnudo y atado.

Virgo. Pásatelo bien. Es tu día. Disfruta. Ah, pero no te quejes. Bebiste mucho. Y esos chicos lo sabían. Virgo. Ya no.

Libra. Tienes que decidir. Coloca a un lado de la balanza a tu mujer, al otro La Santa Biblia. Si esa bruja pesa más, húndela en el río.

Escorpio. Buen momento para viajar. A lomos de una tortuga en un

río. De verdad. Y hazle lo mismo que me haces a mí. Y no vuelvas.

Sagitario. El amor te acecha. En cada esquina. No has de temer al niño que porta el arco. Has de temer al caballo. Al violento caballo.

Capricornio. Vete a la montaña. Déjalo todo. Busca a un abuelito que viva en una cabaña. Que viva solo, lejos. Sonríe. Haz lo que debas.

Acuario. Necesitas relajarte. Olvídate del niño. De los llantos. Mira los peces tras el cristal. Mira cómo mordisquean el cuerpo. No llores.

Piscis. Sal de casa. Vive una aventura. Escápate con el hombre de tus sueños, viaja en su yate. Tropieza. Cae al mar. Tiburones.

# AGRADECIMIENTOS

Este libro no hubiera sido posible sin mis lectores de Twitter. Sin la paciencia de MJ y Alicia. Sin María.

# EL AUTOR

Santiago Eximeno (Madrid, 1973) escribe. A veces ficción mínima. A veces relatos. Casi siempre cosas horribles.

**Web**: www.eximeno.com

**Twitter**: http://twitter.com/#!/cruciforme